



CARACTER DE LA LITERATURA DEL PERU INDEPENDIENTE

(Continuación)

La señora Clorinda Matto de Turner en varios volúmenes de tradiciones ha procurado imitar á Palma. No ha tenido buen éxito en su intento. La manera de Ricardo Palma es personalísima, y los giros y modismos, en él tan graciosos y agradables, producen en sus imitadores deplorable efecto. La señora Matto de Turner ha publicado también, además de algunas colecciones de artículos cortos y ligeros, una novela, *Herencia*, impregnada en el naturalismo de Zola, atestada de observaciones fisiológicas, y de metáforas atrevidas y casi todas frustradas; y otras dos novelas, *Aves sin nido* é *Indole*, más interesantes que la anterior, porque pintan las costumbres de la Sierra. Estas dos últimas son novelas. Tratan de probar cuán insufrible es la tiranía de los párrocos en el interior de la república, los cuales, en connivencia con los gobernadores y subprefectos, maltratan y vejan de mil modos á los indígenas, y con su corrupción llevan la deshonra y la desdicha á muchas familias. Puede que la autora abulte el mal y recargue las sombras del cuadro, pero el fondo parece verdadero y la intención plausible. *Herencia* viene á ser continuación de *Aves sin nido*. Los personajes de ésta, como Don Fernando Marín, Lucía y Margarita, reaparecen en aquella. A decir verdad, si aprobamos el fin docente, el levantado propósito educador que anima las novelas de la señora Matto, su estilo y la disposición de la intriga están muy lejos de satisfacer. Tal vez si nuestra compatriota hubiera continuado ensayándose en el difícil arte del novelista, si se hubiera dedicado á él asiduamente, habría llegado á adueñarse de sus secretos y habría podido entonces escribir la novela de la Sierra, la novela regional, y ser algo así como un Pereda en pequeño. Pero las que hasta ahora ha publicado no pasan de tentativas. El drama *Himac* ofrece algunas situaciones buenas, como la lucha que en el corazón de la heroína entablan los amores de Tupac-Amaru y de Gonzalo, y la lucha aun más cruel entre las exigencias de Gonzalo, que pide á Hima Sumac oro para salvar la vida y la honra, y la veneración al mandamiento paterno, al juramento sagrado que veda á ésta revelar el secreto del tesoro de los Incas. Pero la señora Matto apenas las ha indicado, sin desarrollarlas ni utilizarlas debidamente. Además, ha inundado los diálogos de comparaciones poéticas, los ha ahogado bajo una balumba de flores y metáforas que quieren remedar las de *Ollanta*. Y defecto más serio todavía es la inverosimilitud histórica, el completo anacronismo de toda la pieza. ¡Qué diferencia entre el Tupac-Amaru del drama y el de la historia! ¡Intendentes en el Cuzco de 1780! ¡Hijas de caciques en el siglo XVIII que invocan al Padre Sol y á Pachacamac, y españoles que andan tan atrasados de modas que en el trato diario se hablan de *vos* y de *vuesa merced*, ni más ni menos que en los tiempos de D. Francisco Pizarro! (1)

Ricardo Rossel ha dado á la estampa un tomo de leyendas en prosa y artículos diversos y otro de armoniosas y aplaudidas poesías. Si dispusiera de espacio, sería para mí agradable ocupación detenerme en juzgarlas y alabarlas como lo merecen.

VI

Podría estudiar á muchos poetas y prosistas de la nueva generación. Los años que corren son para el Perú de relativa fecundidad literaria. Me fuerzan, sin embargo, á detenerme en este punto, lo corto que el tiempo me viene; lo extenso que, con-

(1) Aunque la brevedad del presente estudio no permite tratar detenidamente de otras distinguidas literatas, es imposible no mencionar á la señora Freyre de James; á la señora González de Fanning, galana autora de *Luccitas*; y á la señora Puga de Lozada, más joven que las recordadas antes. Para apreciar los méritos de todas ellas, debe atenderse á lo que significa en el Perú que una mujer venciendo preocupaciones vulgares pero muy arraigadas, se instruya hasta poder escribir obras literarias no despreciables.

tra mi voluntad y mis proyectos, ha salido este trabajo; y, en fin, el hecho de que aquellos en quienes ahora debería ocuparme, están en plena producción, y nadie puede colegir qué giro tomarán en el futuro, ni como variarán, crecerán ó menguarán sus facultades. Creo haber probado en algunos pasajes de mi tesis, que no temo decir la verdad y que no me arredra tratar de los vivos, ni en caso necesario herir la vanidad literaria, la más irritable de todas las vanidades. Felizmente, no puede aplicarse la fábula de Iriarte. Pero una cosa es juzgar á hombres que han tenido tiempo para manifestarse, cuya carrera está en cierto modo definida, aunque por buena suerte de nuestras letras no está concluida; y otra cosa muy distinta apreciar á una generación joven, que no ha producido seguramente ni la mitad de lo que dejará escrito. Aquí corre la crítica gravísimo riesgo de ser fragmentaria y por consiguiente injusta, ya en bien, ya en mal. Entra en ella una gran parte de predicción, por consiguiente de incertidumbre. Lo único que desde ahora puede afirmarse es que en esa generación hay por lo menos tres escritores, dos poetas y un prosista, de cualidades excepcionales, que por lo que han publicado son realidades positivas y gloriosas, y por los muchos años que aun tienen delante, por el inmenso horizonte que ante ellos se abre, son halagadoras y esplendorosas esperanzas. Anguran días de progreso y eflorescencia para las letras nacionales.

VII

Después de esta somera ojeada sobre la literatura peruana, veamos cuáles son las principales consecuencias que de su estudio se deducen.

La literatura peruana forma parte de la castellana. Esta es verdad inconcusa, desde que la lengua que hablamos y de que se sirven nuestros literatos es la castellana. La literatura del Perú, á partir de la Conquista, es *literatura castellana provincial*, ni más ni menos que las de las islas Canarias ó la de Aragón ó Murcia, por ejemplo, puesto que nada tiene que ver con la literatura, la dependencia ó independencia política de la región donde se cultiva. La lengua constituye el único criterio, y nó meramente exterior, como podría creerse, puesto que implica la forma, que es de importancia capital en el Arte, y de ordinario también (como entre nosotros) la influencia directa de la imitación y todo aquel heredado conjunto de reglas, procedimiento y direcciones, que se denomina *tradición literaria*. Las obras que se escribieron en Pérgamo, Alejandría y Antioquía, después del fraccionamiento del imperio macedónico, pertenecen á la literatura griega, porque en idioma griego se compusieron; las obras de Boecio y de Venancio Fortunato, de San Gregorio el Magno, de San Isidoro y San Bernardo, y hasta de Erasmo y Angel Policiano, pertenecen á la literatura latina, aunque fueron compuestas cuando ya no existía el imperio romano; lo que en lengua alemana se escribe en Viena ó Innsbruck, Basilea ó Berna, pertenece á la literatura alemana; lo que en lengua inglesa se escribe en Nueva York y Boston pertenece á la literatura inglesa; lo que en lengua francesa se escribe en Bruselas ó Ginebra, pertenece á la literatura francesa; la literatura brasileña pertenece á la portuguesa; y todas las de la América Española á la castellana. El lazo del habla común se eleva por encima de las divisiones políticas. Para que la literatura del Perú dejara de ser castellana, sería preciso que el castellano se corrompiera totalmente y se descompusiera en nuevos idiomas, y, por fortuna, en el Perú (á pesar de nuestros numerosos provincialismos y á pesar de la inexplicable intransigencia, del tenaz empeño que la Academia pone en no admitirlos) aquella amenaza es muy remota. Quizá no lo sea tanto en otras naciones sud-americanas, como la Argentina y el Uruguay; pero para que la literatura de la América Española perdiera su carácter de castellana, no bas-

taría que aparecieran dialectos, como comienza á suceder en los citados países: sería necesario que surgieran verdaderos idiomas, cultos y ricos, capaces de satisfacer las necesidades literarias de sociedades adelantadas. Y esto no acontece ni puede acontecer sino después de un largo período de barbarie, entre cuyas tinieblas zozobra la antigua lengua y es olvidada por el vulgo y vá creciendo y formándose la nueva, insensible y paulatinamente, hasta que, perfeccionada por el transcurso del tiempo y por el uso de los doctos, se impone á todos y adquiere la calidad literaria. El nacimiento de los idiomas requiere la noche cerrada de la pre-historia ó la penumbra crepuscular de la Edad Media: jamás se ha realizado en plena civilización. El senti lo crítico lo segaría de raíz. Puesto que sería necesidad para la América Latina el advenimiento de la barbarie, y más aún para aquellas de sus comarcas donde la inmigración europea desfigura la naturaleza del castellano, no hay tampoco por qué temer que se formen idiomas neo-hispanos que reemplacen en estas repúblicas al de Castilla y den origen á literaturas especiales. Es sí muy probable que dentro de dos ó tres siglos los provincialismos y regionalismos aumenten tanto que constituyan varios dialectos hablados; pero el idioma escrito, el idioma literario, seguirá siendo el castellano, más ó menos adulterado y afrancesado. No es creíble que el descastamiento llegue nunca al extremo inverosímil de adoptar el francés ó el inglés.

No sólo es la literatura del Perú con toda evidencia *castellana*, en el sentido de que el idioma que emplea y la forma de que se reviste son y han sido castellanas, sino *española*, en el sentido de que el espíritu que la anima y los sentimientos que descubre, son y han sido, si nó siempre, casi siempre los de la raza y la civilización de España. Por lo mismo que aquí no han venido corrientes tan poderosas de emigración europea como las que se han dirigido á la Argentina, al Brasil y á Méjico; por lo mismo que la comunicación con los extranjeros no estan continua, el ambiente está todavía impregnado de españolismo. Agréguese que el carácter de los criollos de la costa (que son quienes principalmente cultivan la literatura) conserva muchísimo del carácter español; y que los meztizos, los mulatos y los indios, aunque de él se apartan, entran al civilizarse en la tradición española, y en mayor ó menor grado se la asimilan. Es verdad que en costumbres literarias, como en costumbres políticas y sociales, se imita á Francia de manera decidida; pero lo propio sucede en España. Así pues, la semejanza de carácter y la de imitaciones nos mantienen (á lo menos en los centros urbanos de la costa, los únicos que importan para la producción literaria) muy próximos al estado de los españoles contemporáneos. Como se ha dicho en páginas anteriores, tal situación no subsistirá por mucho tiempo. Entre nosotros la influencia española decrece día á día. El acercamiento á Europa se impone; el Perú se *extranjeriza* y tiene que *extranjerizarse*; y esto, contenido dentro de ciertos límites racionales y prudentes, es provechoso y deseable, porque se traducirá en aumento de ilustración y de energía, en mejoramiento material é intelectual; y en ello debemos colaborar todos; pero sólo dentro de ciertos límites, repito, porque si la ruptura con los ideales políticos, filosóficos y religiosos de la España antigua es indudablemente imprescindible y ventajosísima, no creo que en modo alguno lo sea la ruptura con la tradición literaria, por razones que se indicarán más adelante.

La literatura del Perú es *incipiente*. Se encuentra en el período de formación; mejor dicho, de iniciación. De ahí proviene que abundan en ella los ensayos y las copias, y prodigiosamente escaseen las *obras definitivas*, las de valor intrínseco y absoluto, desligado de la consideración del medio y de la época. Este carácter no es tampoco peculiar al Perú: se aplica á la literatura de toda la América Latina. Países nuevos, pobres, poco poblados, que han tenido existencia política tan inquieta y azarosa, en los cuales la profesión de literato suele no ofrecer porvenir ni recompensa alguna, mucho han hecho con producir á un Olmedo, á un Heredia y á un Bello: han superado la bondad y excelencia de su ingenio, que alcanzó tamaños resultados en condiciones por demás desfavorables. Pero el ingenio no basta si los restantes factores son hostiles, para constituir una gran

literatura, y no se puede sostener que la hispano americana lo sea. Se advierte en ella vacilación, inseguridad. Muchos é importantes géneros literarios están en mantillas. La literatura americana en general se halla, pues, en la adolescencia de Hércules, que promete quizá una juventud triunfadora y radiante, es adolescencia á la postre. Pero confesemos con lealtad que la literatura del Perú no es de las más adelantadas. Al compararla con algunas de sus hermanas, no sale muy airosa. Prescindamos de la literatura brasileña, que si bien es latina é ibérica, no es castellana, y que ha tenido la fortuna de florecer en un país populoso y pacífico; prescindamos también de la de Cuba, porque bajo el gobierno español se disfrutó allí de tranquilidad, holgura é instrucción de que nosotros carecíamos: Méjico, la Argentina y Colombia, que han vivido entre desórdenes y trastornos iguales, si nó mayores que los del Perú, lo aventajan indudablemente en literatura. ¿Cómo explicar esto? ¿A nuestra mala disciplina literaria, á la falta de estudios, debe atribuirse dicha inferioridad, ó serán nuestros criollos menos artistas y poetas que los mejicanos, colombianos y argentinos? No me atrevo á resolver el problema por temor de errar. Queda planteado, sin embargo. Hay que atreverse de una vez por todas con el mito de la riqueza literaria del Perú, porque de nada aprovechan las mentiras y las ilusiones. La verdad seca, ruda, amarga, sin ambages ni rodeos, estimula, corrige y levanta. Mi opinión podrá ser equivocada, pero es sincera. ¡Ojalá vengan pronto á desmentirla los de la generación presente, en la cual tengo grande y fundada confianza!

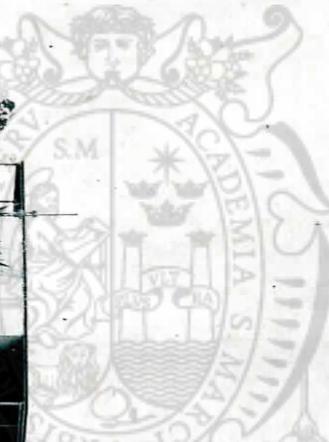
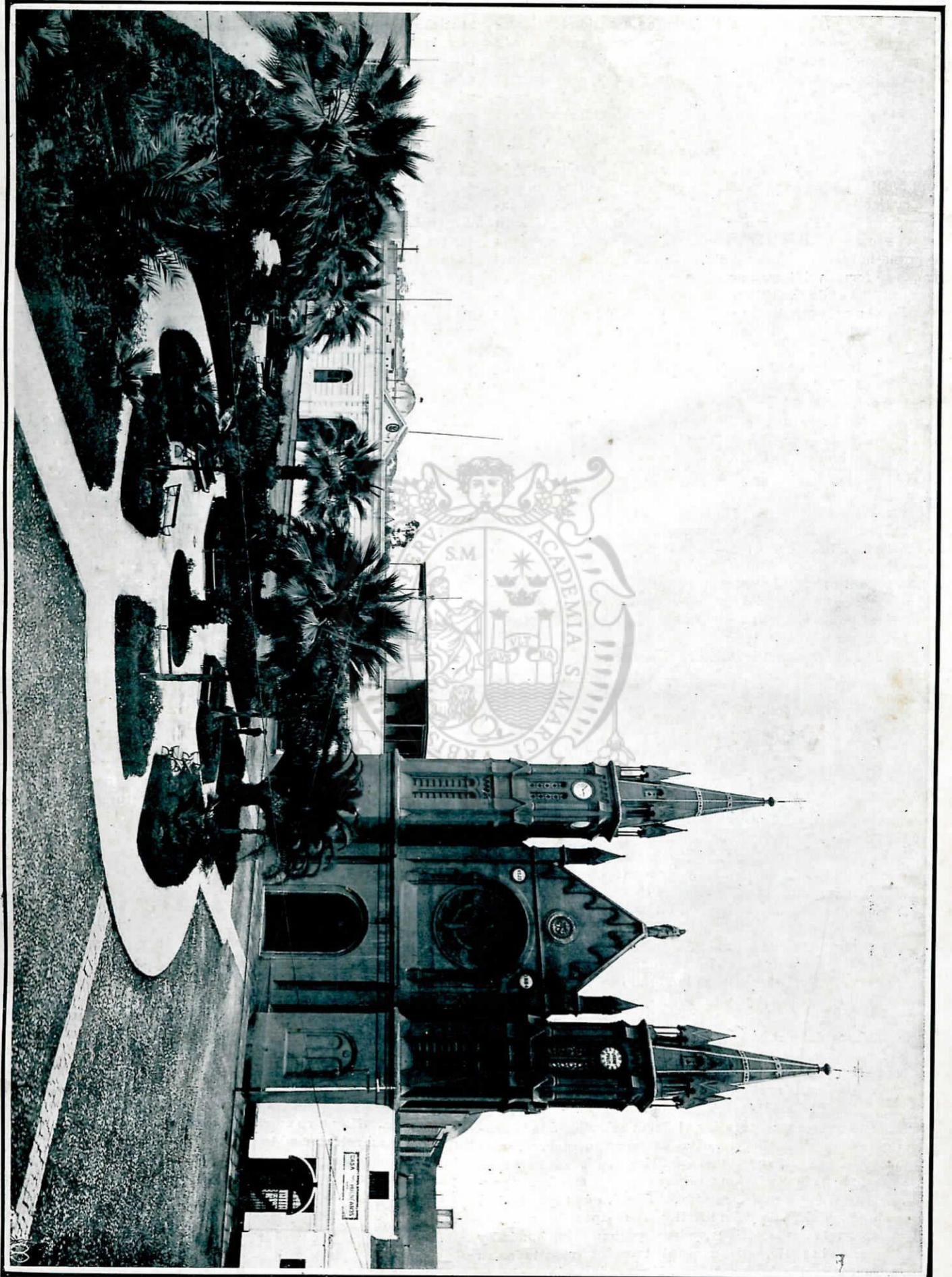
Consecuencia del precedente carácter es que en la literatura del Perú, como en todas las hispano-americanas, *predomine la imitación sobre la originalidad*. Y es natural. La imitación precede á la invención, y con la imitación se inician siempre las literaturas. Hemos visto en este bosquejo histórico que hay algunas obras peruanas originales por su regionalismo criollo, pero hemos visto al mismo tiempo que el factor verdaderamente decisivo y principalísimo en nuestra literatura ha sido el de la imitación. Hasta el siglo XVIII, siguiendo el ejemplo que España daba, obedeciendo á impulsos que de la madre patria venían, aprendemos á imitar á Francia. La imitación francesa principió por ser de segunda mano: veíamos y copiábamos á Frandía á través de España. Progresamos poco á poco, aprendimos á prescindir de la antes necesaria mediación de España, nos pusimos á estudiar directamente lo francés, y hubo como dos ondas imitativas paralelas: la francesa y la española. Por fin, la imitación de España se reduce y debilita, y parece á punto de extinguirse y ceder todo el campo á la francesa.

Ocurre preguntar ahora: ¿estará la literatura hispano-americana, y en consecuencia la peruana, reducida á continuar imitando y viviendo de reflejo y de prestado? ¿No encierra elementos que, bien aprovechados, pueden darle particular fisonomía, sin desatar los vínculos que la unen con la española? Es esta la tan asendereada cuestión del *americanismo en literatura*. Afirman unos, con exageración palmaria, como el ecuatoriano Juan León Mera (2), que la literatura hispano-americana posee sobrados medios para ser original; y niegan otros, con exageración no menor, la posibilidad de que se diferencie de las de Europa.

Conviene, ante todo, distinguir tres especies de americanismo. Por lo común aparecen confundidas en las obras poéticas que informan la tendencia americanista y en las obras críticas que la defienden, pero son lógicamente separables. Hay un *americanismo histórico*, que acude á buscar originalidad en los recuerdos de las sociedades indígenas y precolombinas, ó en las expediciones y conquistas de los españoles, ó en los sucesos de la Colonia. Hay otro americanismo que llamaremos *regional*, y que aspira á retratar nó lo pasado, sino lo presente, las actuales costumbres populares de los criollos y de los indios. Hay, por último, un *americanismo descriptivo*, que atiende al aspecto de la naturaleza americana, de la vegetación y de los paisajes.

(Continúa.)

(2) J. L. Mera, *Ojeada sobre la poesta ecuatoriana*, capítulo XIX.



IGLESIA Y PLAZUELA DE LA RECOLETA

Foto. Moral

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

JARDINES LEJANOS

Et leur chanson se mele au clair de lune.

VERLAINE.

«Jardines Lejanos» es el último libro de Juan R. Jiménez, poeta en toda la verdad y el hermoso simbolismo de la palabra.

Nadie puede negar que en la España de hoy, muertos los viejos maestros del arte, un grupo de literatos entusiastas ha recogido con amor la herencia de sus mayores. Valle Inclán, Martínez Ruiz, Martínez Sierra, Felipe Trigo, Pío Baroja, Ruiz Contreras, Marquina, Villaespesa y otros más, han hecho soplar sobre el suelo de la madre patria, vientos de renovación intelectual. Tal vez inferiores á los antiguos, en robustez y juventud de espíritu, los superan en delicadezas y refinamientos, en rimas y ritmos prodigiosamente variados: en el culto fervoroso de la prosa y de la forma.

Juan R. Jiménez, el más joven y uno de los más distinguidos de la actual generación, se caracteriza por la escogida suavidad de las tonalidades, por la armonía musical de los versos, por el alma exquisita y femenina.

Para sentir los dolores
de las tardes, es preciso
tener en el corazón
fragilidades de lirios.

Estar lleno de fragancias
tristes y de llantos íntimos
tener gestos de mujer,
melancolias de niño.

.....
.....
.....
.....

Haber tenido luceros
en las manos y rocío
en el corazón, y ser
todo de romanticismo.

Amar los dulces espejos
los oros claros, los visos
de las almas de las cosas,
los parques entristecidos

á través de las rosadas
muselinas... y sentirlo
todo como una mujer
triste y frágil como un lirio.

En estos versos se encierra el secreto de su manera y la adorable debilidad de su sentir.

Alguien ha dicho que si los poetas lucieran escudos, como las familias de cepa nobiliaria, Edgar Poe tendría en su heráldica un cuervo, Baudelaire un gato, Ruben Darío la blanca figura de un cisne. Si así fuera, los reyes de armas de la crítica asignarían al blasón de Juan R. Jiménez, un lago de aguas misteriosas y profundas bajo la plateada caricia de la luna.

Pocos la han amado como él. Se hace necesario creer que entre el silencio de las noches, la luna escucha piadosamente las canciones enamoradas de sus poetas favoritos, los envuelve en la mística blancura de suaves claridades, pone en sus frentes la beatitud inefable de los besos castos, y los embriaga y adormece en un sueño milagroso de luz acariciante. Solamente los que crean en la rara existencia de los amores de Selene, podrán sentir la infinita dulcedumbre que perfuma el alma de los poetas devotos de la pálida divinidad. Jiménez es el amante de la luna, el adorador de su blanco misterio, el sacerdote de su templo de plata.

Las novias, las rosas, las lágrimas, los lirios, los azules nocturnos, todo lo que emana fragancias y ternuras, es el objeto predilecto de sus cantos. Pero, cuando la luna nimba de extraños fulgores las cuerdas de su lira, cuando asoma la faz luminosa entre el doliente amarillear de los árboles, Jiménez lo olvida todo para consagrarle el mutismo de una oración sin palabras.

No me hables, no me hables
esta naciendo la luna.....
Hay cosas inolvidables
que no me ha dicho ninguna.

Y ya llore con los violines las tristes y lejanas elegías de los recuerdos, ya cante con los ruiseñores los madrigales eternos del amor, en el fondo de su alma florecen perpétuamente los himnos blancos del poeta lunar.

Todo lo renuncia, todo lo sacrifica:

Tengo sueños, tengo flores....
si quieres, los secaré
para todos los amores;
si quieres, te besaré.

La blancura, con mis ojos....
puedo entreabrirte hasta nardos....
dejaré sus labios rojos
y sus cariños bastardos.

Todo se lo promete como precio de su amor:

¡Oh divina y romántica luna!
si en tu eterna agonía me quieres
te daré sonriendo, una á una
Flores, lirias, estrellas, mujeres.

Poeta y poeta de alma delicada rinde culto al amor de una mujer, Francina, la novia de la larga cabellera ondulante, no es en el espíritu de Jiménez el sér único, ilusión y esperanza, compendio maravilloso y bendito de todo lo que existe; es solo la amable compañera del corazón, la figura que anima con su presencia los paisajes. Francina es pura y blanca; pero la luna es más dura y más blanca que Francina. Francina tiene labios demasiado rojos para amar la idealidad. Y la musa de este poeta nació para murmurar veladas armonías en los jardines ol-



La Condesa de Warwick
Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

vidados, románticos de poética soledad, entre las fuentes que lloran canciones rumorosas ó en las largas avenidas sobre las que derrama la Luna sus ánforas perfumadas de silencio y de melancolía.



El sol y la luna se han disputado siempre los dominios del Arte. En las edades clásicas vence el hijo de Júpiter: Apolo, el de la rubia cabellera, el del carro de oro y la brillante cuadriga de caballos blancos. Diana, la casta virgen de la pureza, la cazadora de las ciervas immaculadas no tuvo en el alma helena la preponderancia. Sin embargo no se olvidó su culto y tuvo altares y templos, en Grecia y en Asiria, en Tiro y Cartago.

El sol impera hasta que los románticos se consagran á la luna; ella da á Chataubriand, pinceladas inimitables, ilumina los idílicos lagos lamartinianos y teje encajes de luz en las caladas Alhambbras de Zorrilla. Después los parnasianos pusieron en sus paletas el rojo de los crepúsculos y el incendio del sol, y Apolo volvió á triunfar. El sol refulge en los sonetos cincelados de Heredia y resplandece en los versos de Leconte de l'Isle como si centelleara sobre armaduras radiantes.

Hoy reina la luna; el alma moderna entristecida y fatigada necesita de su paz melancólica y de su luz aquietadora.

RAIMUNDO MORALES DE LA TORRE.

TERESINA

NOCTURNO

En un jardín gentílico, como una de las Gracias
mora mi virgen reina bajo dosel de acacias.

Una paloma cándida en torno de su cuello
revuela alborotando su undívago cabello;

entre sus oros pálidos—cual en dorada reja—
toca el rosado lóbulo de su univalva oreja,

concretando los ecos de antífonas y prosas,
secuencias y aleluyas de la sagradas cosas.

Abísmanse sus ojos en hondas lontananzas,
como si devanase confusas añoranzas.

En cielo de amatista sangrando está la frente
de áureo sol de los trópicos occiduo y decadente.

Asciende la ola enorme desvanecida en nieblas
del lento, subterráneo, mudo mar de tinieblas.

De vetustos castaños entre frondosa ramas,
largos velos de vírgenes ondulan como flamas.

Por entre unos esbeltos álamos una blonda
luna ilumina á intervalos la fantástica ronda.

Las frondas se ennegrecen, aclárase la luna,
y un espejo caído parece la laguna.

En hieráticos pinos y olmos, fresnos, encinas,
se adhieren amorosas las yedras azulinas.

De obscuras telarañas entre los hilos frágiles
pasan rayos de luna como lebreles ágiles.

En la fragante cima de una magnolia en flor
su rosario de notas desgrana un ruiseñor.

Las vírgenes ceñidas de nardos y claveles
atravesan cantando por bosques de laureles.

Van hacia la laguna dormida en el encanto
donde se vuelve estrella cada gota de llanto;

donde la triste é inmóvil imagen se ilumina
con un toque inefable de claridad divina;

donde en una radiosa floración de misterio
emergen los nenúfares al ritmo del saltério,

y donde negro cisne bajo el raudal de plata
hila sueños antiguos cabe un lirio escarlata.

Surgen cosas ideales con levedad aérea,
vagando entre las ondas de blanca luz sidérea.

En el bosque umbrío bajo flexibles lianas
hay fugas de luciérnagas sobre un croar de ranas.

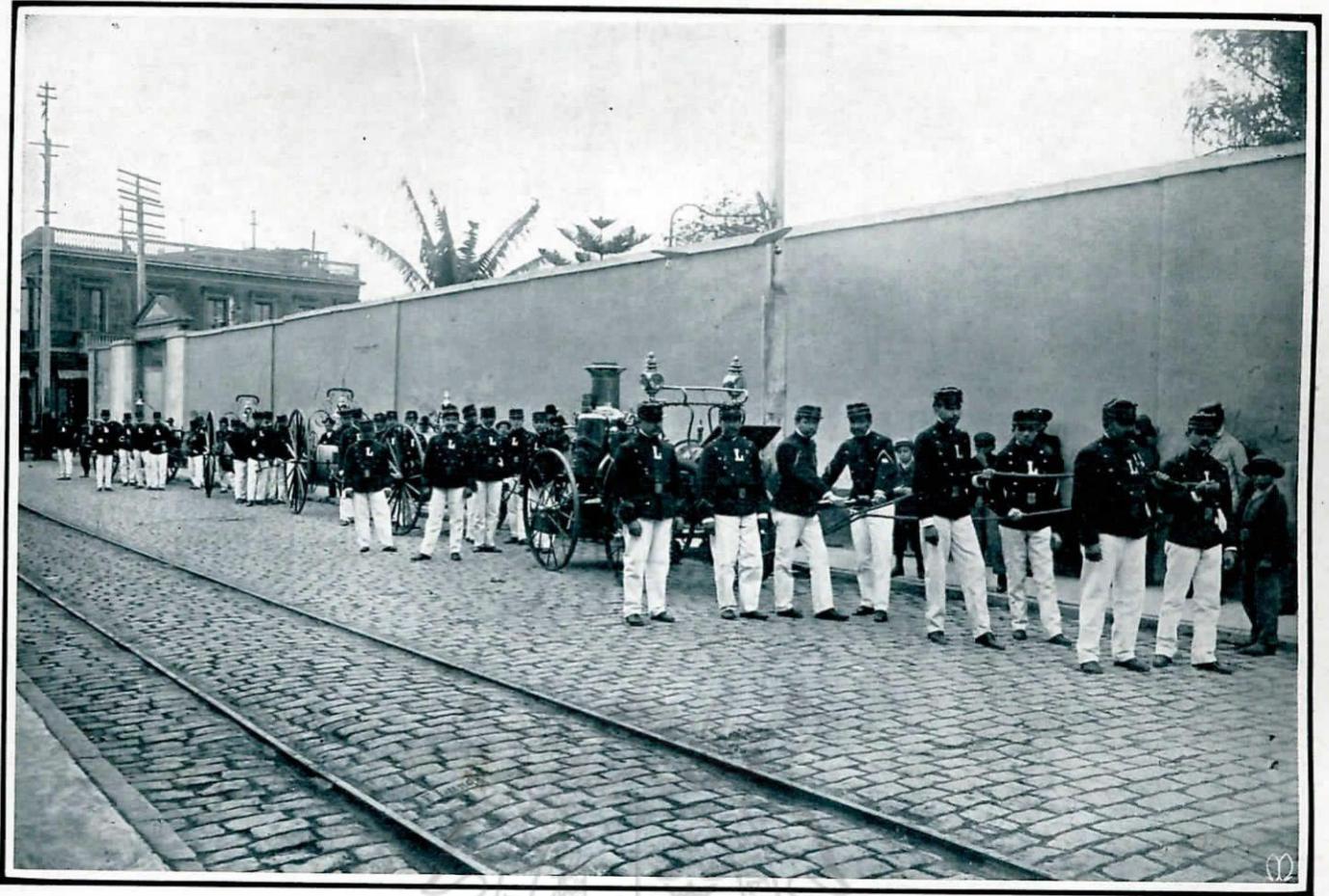
De abandonada tumba sobre herrumbrosa cruz
melancólico y mustio desgájase un sauz.

Y bajo el plenilunio se yerguen solitarios
con úlceras del tiempo los robles centenarios.

JOSÉ FIANSON.

Barranco.—Primavera, 1906.





COMPANIA NACIONAL DE BOMBEROS "LIMA N.º 1"—UNA BRIGADA



PERSONAS QUE TOMARON PARTE EN EL CONCIERTO DEL "CLUB ALEMAN"
Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

DOÑA

CRONICA LIMEÑA

I

QUE nuestros antepasados tenían sus ribetes de cándidos, nadie lo duda, ya que la historia conserva el recuerdo de las gruesas sumas que gastaron en títulos de caballeros de las órdenes de San Juan, de Calatrava, de Santiago, de San Hermenegildo, y en los más baratos de la real y distinguida de Carlos III.

Aparte todo esto, los títulos de nobleza abundaron, y de modo tal, que podía contarse un conde ó un marqués al torcer cada esquina. Díganlo si no las calles de Lima, que aún conservan los nombres de los nobles criollos, y hasta el barrio de los *carachos*, (con perdón de la palabra) en que todavía existen las calles de «Salinas» y de la «Condesa» y recuerdan á dos nobles de los viejos tiempos.

El pobre diablo que no era noble titulado ni condecorado caballero, se acogía al don si era hombre y al doña si era mujer, como signo de nobleza y distinción; y grescas fenomenales se armaban porque se dijese «Martina Martínez de Martigena», sin el doña por delante, presumiendo todas que la supresión significaba desprecio profundo y alusión á una descendencia crespá y oscura.

En una de mis anteriores crónicas referí el caso de cómo el Maestre de Campo don Lorenzo de Zárate Agüero y Verdugo, montó en cólera cuando un sujeto se atrevió á llamarse *don* Isidro Mondragón, «siendo, según él, más chino que mestizo»; lo que revela el respeto que se tenía entonces por el título que hoy se da hasta al nieto de un mandinga.

II

Josefa Sugástegui, é Isabel Mongloa, se llamaron en el año de 1787, en que vivían, dos hembras que engalanadas con faldellín de seda, volador de encaje de serafines y sombrero de castor, lucían sus gracias y donosura por la ciudad de los Reyes.

Galanes tenían que pagaban la elegancia de las mañamitas, y uno de ellos consiguió interesar á ambas, á extremo tal, que después de chismes, torceduras de ojos, muecas y risas burlonas, se encontraron cierto día en la plaza del convento grande de San Agustín, y vinieron á las manos, rodando ambas por el suelo y cayendo adentro de la acequia, de la que salieron nada limpias y bien olientes; sin sombreros ni voladores y con más rabia y odios que antes del antihigiénico baño.

La Pepa fué la que más irritada se puso y resolvió atacar á su enemiga en sus propios atrincheramientos, para lo cual se armó de una navaja, hízose acompañar por una negra esclava y zás se presentó en casa de la Belica á las once de la noche y tris tras le propinó tres cortecitos en el rostro, que, por ser superficiales no dejaron fea á su enemiga.

A los gritos y escándalos consiguientes acudió gente y la agresora escapó el bulto por esa noche, pero en la mañana siguiente se hallaba detenida en el Beaterio de las amparadas, llamando en su auxilio á toda la corte celestial.

Los hechos fueron llevados á conocimiento de la Real Sala del Crimen, por mutuas acusaciones; pero como en el juego tenía el papel de espada, un jefe que la cargaba en el batallón de blanquillos, ó sea de Estremadura, el Tribunal resolvió matar el proceso condenando á la Sugástegui á dos meses de reclusión en el Beaterio de Viterbo y á pagar ciento cincuenta pesos de multa y las costas.

III

Pero esto nada de raro tendría que mereciera imprimirse en libro, si dentro de ese juicio no se hubiera suscitado otro más ruidoso que requirió acuerdo y resolución de la Real Audiencia.

La Mongloa dijo que á la Sugástegui la llamaban... no me atrevo á decirlo, porque el monte es durito; pera..... alla vá: que la llamaban «la consuelo de pasajeros».

Pues duro y todo como es el apodo, no le dolió tanto como que la hubiere nombrado Josefa Sugástegui, sin doña.

Decía ésta á la Real Audiencia:

«Notable diferencia hay entre ambas, siendo la Isabel Mongloa una mozueta de vida alegre y de un color «brusco y atezado, claro indicio de su bajo y vil origen «en que está reputada, al par que yo soy bien distinguida en el pueblo por persona decente, gozando de estimación entre las personas del mejor séquito y lustre. «¿Qué deformidad podrá causar una pequeña incisión en «la cara brusca y atezada de la Isabel, siendo así que la «menor novedad sería notable en mi blanco y lúcido rostro?»

«Siempre he sido reputada por persona, no solo decente en mi parecer, sino también en mi nacimiento, «franqueándome de palabra, por escrito y en instrumentos públicos y privados el título y tratamiento de «DOÑA, que á otras gentes de clase notoriamente inferior «á la mía se concede diariamente, y así no puedo ver sin «dolor que mi contraparte me niegue el tratamiento, lo «cual es un formal ultraje y desprecio».

Terminaba pidiendo que el escribano no admitiese escrito en que se le negase el epíteto de doña, que se multase á la contraparte y se la achicharrase por el verdugo en plomo hirviendo.

IV

—Aguántate, hija, que allá va tu merecido, exclamó la Belica, y quítate del medio que el brulote va á reventar, y vas á quedar como estropajo de bacinete de negro. Dijo y largó esta andanada:

«Soy descendiente de honrados y bien nacidos padres, «y por ende no soy de brusco y atezado color; tampoco «tengo ese pelo corto que indica vileza en el nacimiento «y por lo mismo no soy baja ni despreciable; y si por estos fillos se busca á la Josefa apenas habrá mujer más «digna de abandono, más despreciable, ni más ultrajada».

«La albura con que la benefició la naturaleza, no es «predicado esencial de su buena sangre, pues ya se ha «visto que en la esclavitud han nacido muchos tan blancos, que si dan que envidiar á sus amos, no dan menos «que sentir á los que consideran su mísera situación. La «Isabel, aunque blanca, es hija sin madre, porque no se «la conoce y repugna la ignorancia que hay de ella. «Tampoco tiene padre y por libertarse del mal concepto «en que la pondría su carencia, ha ido á buscarlo en «Trujillo».

«Las calles y plazas gritan el descarreo de su conducta, y sus ecos han resonado hasta en Pasco, cuyos habitantes se pasmaron, al verla correr posta, porque jamás vieron mujer más resuelta ni esforzada, y horrorizados obtuvieron de los jueces territoriales que se le obligase á volver á esta capital.....»

Francamente: yo sí que estoy horrorizado de lo demás que dice y cuenta la Mongloa y pongo punto.

V

La Real Audiencia resolvió este juicio con este auto, que copio para evitar que me digan que invento.

«El presente escribano de Cámara no admita escrito que no sea dándole el tratamiento de DOÑA á doña Josefina Sugástegui, á cuyo efecto se hará saber á la con-

traria; impusieron perpétuo silencio á ambas partes en «la materia, mandando se archiven los autos».

Regente—Rezabal—Cerdanas.

Con qué lectores: no hay que quitarle el don á ningún blanco, ni el doña á ninguna albina, so pena de apercibirlos seriamente y darles dos puntadas en la boca.

ANÍBAL GALVEZ.

MI PADRE

HAY un ser todo él bondad y cariño; en sus ojos azules y serenos de mirar profundo, de melancolías infinitas, se trasluce una alma honrada y una recta conciencia; su frente noble y despejada, cruzada por profundas arrugas revelan la meditación y energía de los caracteres firmes; su elevada estatura doblegada por el invierno de la vida, le rodea de una aureola de distinción; sus labios plegados por una sonrisa irónica, fruto del conocimiento del corazón humano y los misteriosos problemas que se resuelven en las diarias batallas de la vida, en las que se adquiere experiencia á costa del sacrificio de las ilusiones más queridas, completan sus rasgos fisiológicos. Su imagen hace latir apresuradamente mi corazón, sus alegrías me apasionan, sus consejos llenos de una tranquila filosofía, en la que se descubre el amargor de las decepciones sociales, me subyugan, y sus tristezas invaden mi alma de una viva inquietud.

La más simple alteración de su salud acongoja mi espíritu mortalmente, siento desfallecimientos de angustia. Por él soy bueno y más de una vez mi mano levantada para castigar una injuria se ha detenido, á la simple evocación de que tenía padre y tal vez sufriera por su hijo; para él quiero y solo para él ambiciono la gloria. El respeto á su nombre me ha salvado de algunos naufragios en los que mi inesperienza me ha embarcado, sosteniéndome en los períodos críticos de la existencia. Su palabra de aprobación á mi conducta, es la mejor recom-

pensa de mis acciones y lo que más aprecio; por él comprendo que el camino recto es el mejor y más corto y lo sigo no obstante que cada paso que doy me significa un amigo menos; y no siento el dolor de las espinas cuando atravieso la senda de la sinceridad y honradez.

Mis ímpetus de cólera, se disipan como las nubes de verano siempre que veo á un noble anciano, y es que su presencia evoca una imagen para mí tan querida.

En las dilatadas noches invernales, abandono el lecho y acércome á donde él reposa y escucho con interés su respiración fatigosa y quedo, muy quedo, deposito con unción religiosa en su frente, un ósculo pletórico de ternura, en el que va mi vida entera; despierta y sonrío; y al ver la luz de sus ojos, siento que me invade una loca alegría, el cielo adquiere más bellos colores, percibo con más intensidad el perfume de las flores y las cadencias musicales sacuden dentro de mi ser ignotas fibras, amo á la humanidad y realizaría una buena acción.

Soy un hombre cuyo corazón está por las injusticias sociales, abstraído dentro de sí mismo y sin embargo para él soy todavía un niño.

Mis altiveces se esfuman y desaparecen en su presencia y es el único ante quien doblo la rodilla, rindiéndole pleito homenaje. Es mi soberano; la cristalización de mis afectos. Es mi padre, el autor de mis días. Dios le bendiga!

ALFREDO LAFOSSE.

Lima, noviembre de 1906.





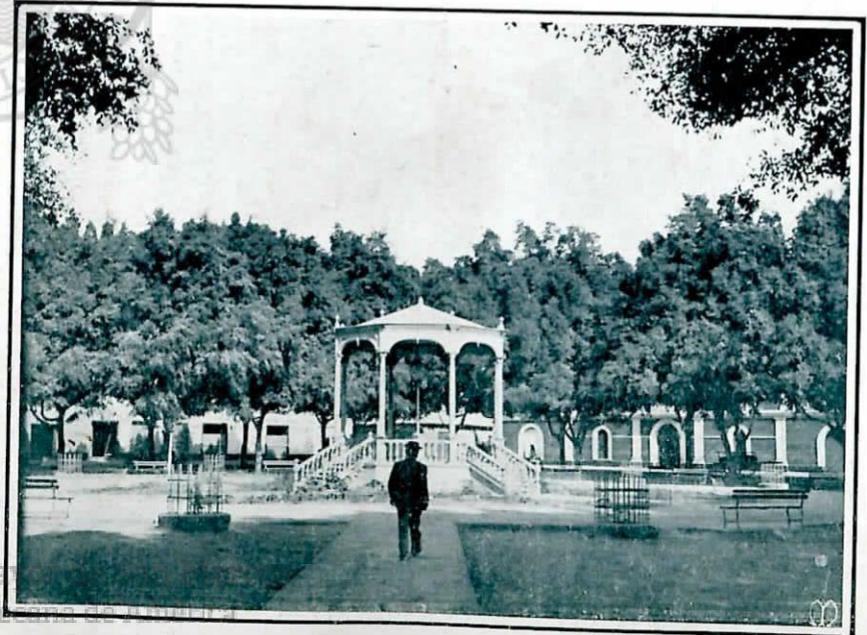
MUELLE DE PISCO



MUELLE DE PISCO TOMADO DEL FARO



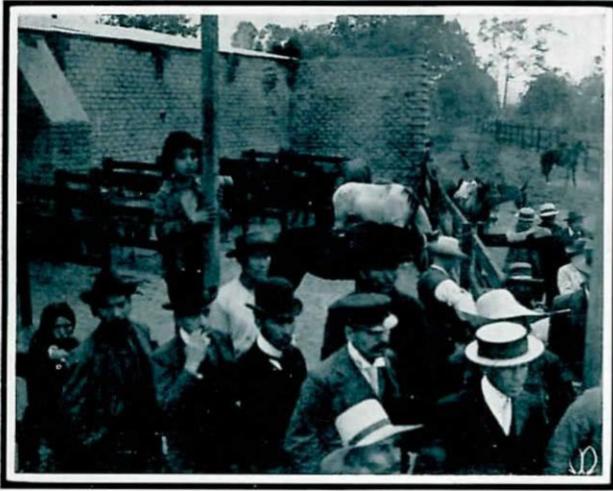
LA PLAZA DE PISCO



PLAZA DE ICA

Fotos. Cresci

El Mercado Agrícola en Lima



Corrales



Durante un remate



Establo y tabladillo para el remate



Tribuna para el público

Fotos. Lund

La Condesa de Warwick

Las gentes aristócratas, deben encontrar de muy mal gusto que un genuino representante suyo, una gran dama de Londres, emparentada hasta con los reyes, se dedique á la defensa del socialismo.

Y es así, que la condesa de Warwick, sin desdeñar las ventajas del nacimiento, aspira á ganar nuevos títulos de nobleza entre el pueblo. Superior á las preocupaciones de clase, discurre ante los obreros con elevación de principios; no desciende á los ataques del odio, á las peroraciones de barricada, pero, firme en la esencia de su doctrina, quiere ver á las multitudes en situación mejor, rescatando los derechos naturales de que les priva hasta hoy, la liga del capital y de los gobiernos.

Como «obras son amores», la condesa de Warwick, no se limita á discursos, sino que gasta de su dinero para difundir las ideas del socialismo.

Es hermoso, verdaderamente, contemplar á una mujer rica y bella, que desprecia las frivolidades del gran mundo, para tomar su parte en las desesperadas luchas del pueblo.

No cabe allí el *snobismo*, ni la ambición menguada de aplausos, sino el corazón inflamado por el bien y por la justicia que rompe con todas las tradiciones de sangre, y que es simpático, por lo mismo, hasta en sus errores.

R.

Disturbios religiosos en Lima en el siglo XVII

Corría por su último cuarto el año de 1662 y todo Lima, rebotando piedad y júbilo, se preparaba á festejar la fiesta de la Inmaculada Concepción, que ocho años antes había jurado por patrona suya, con la magnificencia de siempre. Y en verdad fué muy lucida la fiesta.

El viernes 8 de Diciembre, después de un solemne novenario que se le hizo en San Francisco, en que estuvo todo ese tiempo expuesto el Santísimo Sacramento, salió de aquella iglesia una procesión de aspecto grandioso. Después de la cruz alta iba un anda de San Francisco de Asís llevando el santo una bandera en la mano, en la cual se había puesto con letras de oro esta inscripción: *Maria concebida sin mácula de pecado original*. A ésta seguían doce andas más de santos y santas de la orden; tras ellas otra anda del patriarca Santo Domingo; y cerrando este cortejo de bienaventurados iban doce niñas «que habían salido en suerte en la Cofradía, cada una con su padrino». Llevaba el Santísimo el R. P. Fr. Diego de Agradá, Provincial de la orden de San Francisco, y escoltaban á su Divina Magestad, el Virrey Conde de Santisteban, la Audiencia, los Cabildos y tribunales y escogidísimo concurso de lo más notable de la sociedad limeña. La procesión siguió por las calles del Rastro y Desamparados hasta la plazuela del Puente; de allí continuó por la calle del Hierro viejo, que es la que hoy llamamos de Palacio; entró á la Plaza y siguió por los Cajones, esto es, delante de Palacio, y calle del Arzobispo hasta la esquina donde vivía D. Diego de Carbajal y Vargas, de donde, por la calle de Aparicio se encaminó al Milagro.

El 22 de Diciembre, de aquel año, el gremio de los Escribanos hizo una fiesta á la Inmaculada Concepción, en la iglesia de Santo Domingo, que no pasó sin escándalo, y que originó los raros sucesos que comenzaron aquella misma noche. Estaban presentes en la iglesia los franciscanos y mercedarios y numeroso concurso de fieles. El sermón debía predicarlo el Prior del Convento, R. P. Domingo de Cabrera, quien ocupó el púlpito y comenzó su oración sagrada con la acostumbrada salutación: *Alabado sea el Santísimo Sacramento*, y después de brevísima pausa iba á entrar en materia, cuando un clamor general partió de todos los ámbitos del templo:

—Y la pura y limpia Concepción de la Virgen nuestra Señora, concebida sin pecado original, exclamaban sin cesar los escandalizados asistentes á la fiesta.

El padre Cabrera continuaba mudo y el clamor iba en aumento, hasta que el predicador murmuró:

—Así lo digo y lo refiero.

Pero esto no fué suficiente á calmar los ánimos; era preciso que el dominicano repitiese la salutación, y el clamoreo subía de punto. Entonces el P. Cabrera dijo con marcada desgana, con acento forzado.

—Y la Virgen concebida sin pecado original. Con lo que se tranquilizaron, por entonces, los ánimos y continuó la fiesta.

Mas los dominicanos se sentían profundamente heridos por la presión que se había ejercido con su prelado y resolvieron vengarse. Terminada la fiesta se hizo una procesión conduciendo una Imagen de la Inmaculada, que recorrió los claustros del convento y los dominicanos, todos sin excepción, se encerraron en sus celdas y dejaron solos á los franciscanos y mercedarios, y también á los cartularios, acompañando el anda.

Estos hechos causaron profunda excitación en el vecindario y movieron á los escandalizados limeños á hacer manifestaciones de desagravio, si nó á obligar á capitular á los tercios dominicanos. Las 8 de la noche se-

rían cuando «salieron unos cuatro ó seis monigotes con algunos muchachos de la «esquela con dos belas» de sebo cantando por las calles: *la Virgen fué concebida sin pecado original*.» Momentos después el grupo había aumentado considerablemente y al pasar por la tienda de un indio sastre, vieron aquellos monigotes un cuadro al óleo, que representaba la Inmaculada Concepción: verlo y apoderarse de él fué cosa de un instante. Quiso la casualidad que en aquellos momentos acertase á pasar por allí, cabalgado en su mula, el doctor Cruz y entonces le entregaron la imagen para que la llevase.

A este tiempo ya se habían juntado más de 4,000 personas de toda condición social, llevando cada cual su vela de sebo y cantando en coro: *la Virgen fué concebida sin pecado original*.

La procesión entró á la plaza mayor, ya en número de 10,000 almas (1) y entonces la Catedral comenzó á repicar, imitándola luego todas las iglesias de Lima, menos Santo Domingo, que ni abrió sus puertas ni hizo vibrar sus bronces aún cuando la procesión fué á estacionarse por dos veces frente á su iglesia.

Después de haber andado por toda la ciudad, y casi al despuntar el alba, la procesión se dirigió á la iglesia de San Francisco y depositó allí la imagen que los monigotos habían arrebatado al indio sastre.

La tenacidad de los dominicanos negándose á repicar y recibir á la procesión no hizo más que enconar los ánimos y en la tarde del sábado volvió á reunirse el pueblo y sacó de San Francisco la misma imagen, en un anda, la cual procesión se dirigió á la Catedral, en donde la esperaba el Cabildo Metropolitano con velas en las manos. De allí se encaminó á la iglesia de la Compañía ó San Pedro, de donde siguió á la Concepción, cantando en todo el trayecto: *Maria fué concebida sin pecado original*.

En la noche de aquel mismo día salió de casa del comerciante D. Pedro del Molino (mi compadre, dice Mugaburu) otra procesión, conduciendo una imagen de bulto de la Inmaculada, todo el comercio de la ciudad, con bandas azules en el pecho y cantando, *Maria fué concebida sin pecado original*. Caminó la procesión toda la noche y las dos de la madrugada serían cuando se dirigió hacia la iglesia de Santo Domingo, en donde se vió con sorpresa que la iglesia estaba abierta y la comunidad con velas y cruz alta en la puerta esperándola. Para colmo de ventura, las campanas comenzaron á repicar alegremente. Algo se tramaba, indudablemente, contra los dominicanos, que ellos descubrieron á tiempo, pues dice Mugaburu que «este acontecimiento causó indescriptible júbilo, que si nó corrían grandes pesares los padres dominicanos».

Lima estaba en plena efervescencia mística y todos los vecinos se dispusieron á imitar el ejemplo de Molino. Fueron tantas las procesiones que se hicieron, que el diligente Mugaburu ya no quiso tomar nota de ellas y se limitó á consignar en su diario este dato:

«Cada noche salen de cada casa procesiones por devoción».

Pero aparte de estas procesiones del vecindario, continuaban las que organizaban los gremios ó instituciones.

El miércoles 27 de Diciembre, tercer día de Pascua, salió de la parroquia de Santa Ana otra procesión de la Inmaculada, la cual fué hasta la plaza de Armas y regresó por San Francisco y Santa Clara. El acompaña-

(1) Encuentro exagerado, este cálculo de Mugaburu.

miento era numerosísimo, é iban cantando los fieles, *Maria fué concebida sin pecado original.*

El día siguiente salió de la parroquia de San Sebastián una procesión de la Purísima, que tuvo epílogo desgraciado, pues apenas comenzaba á dispersarse la gente que la había acompañado, cuando se declaró un gran incendio en casa de un acreditado comerciante de la ciudad, llamado D. Pedro de Murúa, quien tuvo el dolor de ver morir entre las llamas á un hijo suyo, niño de 12 años de edad.

El viernes 29 salió de la Catedral una procesión verdaderamente imponente. Formábanla el Coro metropolitano y todos los clérigos que á la sazón habían en Lima, con hachas en las manos llevando bajo palio una imagen de la Concepción. La procesión recorrió algunas calles, cantando *Maria fué concebida sin pecado original.*

El sábado 30 le tocó su turno á las catalinas y salió de ese convento un precioso carro alegórico, que figuraba una galera, tirada por cuatro mulas muy adornadas. Tripulaban la galera 24 niños vestidos de angelitos, quienes iban rodeando una imagen de la Inmaculada. La procesión recorrió muchas calles y el concurso de gente que llevaba era grande, atraído por la novedad del anda.

El 1.º de Enero de 1663 fué día de gran expectación en Lima. Celebra la Iglesia en este día la Circuncisión del Señor, fiesta que se hacía en la Catedral y que revestía mucha solemnidad entonces, debiendo pronunciar el sermón acostumbrado un fraile dominicano. Tal anuncio era suficiente para llenar las tres amplias naves del templo ¿Qué iba á pasar allí, dado el estado de excitación mística que embargaba á los moradores de la ciudad de los Reyes y la tenacidad de los dominicanos? Ya se verá.

Comenzó la misa cantada, y cuando llegó el momento del sermón, se encaminó al púlpito un padre dominicano, cuyo nombre, desgraciadamente, omite Mugaburu. Un profundo silencio reinaba en el templo y todas las miradas estaban fijadas en el hijo de Guzmán, quien presa de justificada emoción comenzó su sermón con la salutación acostumbrada: *Alabado sea el Santísimo Sacramento*, dijo, y se detuvo. Como impulsados por un resorte, los canónigos, clérigos, y toda la gente que estaba en la iglesia se pusieron de pie, extendieron los brazos hacia el púlpito y rompieron á gritar desaforadamente:

—Y la Virgen nuestra Señora concebida sin mancha ni pecado original.

Pero el dominicano seguía mudo y el vocerío iba en aumento. Era una algarabía indescriptible hasta que algunos de los más inmediatos al púlpito obligaron á descender de él al desventurado fraile; el cual, densamente pálido y muy turbado, iba murmurando, á manera de disculpa:

—Mi Prelado me dijo que no dijera.

Tanta fué la indignación contra el pobre religioso que «a no apadrinarle una media ración (un canónigo medio-rationero) que llaman el licenciado Portachuelo, la gente que se alló en la iglesia se lo querían comer al tal predicador», dice Mugaburu.

Siguió, pues, la misa sin el esperado sermón y con la iglesia casi vacía, porque la mayor parte de los concurrentes habíanla abandonado, deseosos de comentar libremente tan extraordinario suceso.

En la tarde de aquel memorable día salieron dos procesiones de gente inferior, llevando cada una de ellas su respectiva imagen de la Inmaculada: una de pardos y pardas (zambos) de la Catedral; y otra del hospital de San Bartolomé de negros de ambos sexos, los cuales recorrieron gran parte de la ciudad.

No quisieron dejar de hacer sus manifestaciones de desagravio los caballeros de las órdenes militares que en Lima habían, Santiago, Calatrava y Alcántara y así las prepararon con todo el esplendor que á tan nobles instituciones correspondía. Tocóles su turno á los caballeros de Santiago, quienes el 14 de Enero de aquel

año hicieron una procesión que excedió en grandeza á todas las que hasta entonces se habían hecho. Salió ésta de la iglesia de San Agustín formando larga fila de andas de todos los santos de la orden. Iba después una lujosísima imagen de la Inmaculada y en seguida otra del apóstol Santiago, inclusive el Virrey Conde de Santisteban; todos con sus mantos y cantando, *Maria ha sido concebida sin pecado original.*

La procesión recorrió las calles de Plateros, Mercaderes y la Plaza, de donde se encaminó á la plazuela de Santo Domingo, regresando por el Pozuelo á San Agustín. Habíanse levantado cuatro altares, «los mejores que se han hecho en esta ciudad de Lima»; especialmente el que estaba en la esquina de la Plaza y la del Hierro viejo, que era «cosa admirable y de mucho gusto».

Mientras la procesión pasaba por la plazuela é inmediaciones de Santo Domingo, la iglesia permanecía cerrada y las campanas mudas; todo en absoluto reposo, como si fuese la mansión de las tumbas.

Todavía revistió mayor esplendor la procesión que hicieron los caballeros de Alcántara y Calatrava el 29 del propio mes y año, con la cooperación de los mercaderes. El anda de la Virgen figuraba un carro alegórico, halado por angelitos, en el cual se había erigido un trono, en donde estaba la imagen de la Concepción. Después seguían «muchas figuras del testamento viejo, desde Adán hasta Joseph, muy adornadas y con muchas joyas de grandísimo valor». Venían en seguida los caballeros de la Redención de cautivos y muchos angelitos, llevando cada uno un cautivo aprisionado con cadenas de oro y adornos con joyas valiosísimas. Cerrando el cortejo iban el Virrey Conde Santisteban y doce caballeros de las órdenes de Alcántara y Calatrava, que no eran todos los que en Lima habían, pues no asistieron á la fiesta ni D. Alvarado de Navamuel ni D. Luis de Mendoza y D. Pedro Calderón de la orden de Calatrava.

Habíanse levantando también cuatro vistosísimos altares; uno de ellos en la esquina del Chasque (Lescano), hecho todo él de espejos, de arriba abajo, y en medio del cual se había colocado una imagen de la Purísima Concepción, que tenía á sus pies una serpiente enroscada en un manzano, y debajo de éste un Adán y una Eva de tamaño natural.

Esta vez tampoco los dominicanos dieron muestras de vida cuando tan lucida procesión pasó delante de su iglesia.

El 6 de Marzo los juandedianos hicieron también una procesión, sin que hubiese nada digno de especial mención.

Un suceso inesperado vino á cambiar la faz de los acontecimientos. El domingo 6 de Marzo murió el P. Maestro Fr. Francisco de de Huerta, Provincial de Santo Domingo: treinta horas antes había entregado su alma al Creador Fr. Domingo de Cabrera, prior del convento de Lima, que tan mal rato pasó el día de la fiesta de los escribanos; causantes ambos prelados, á lo que parece, con su tenacidad, de los alborotos religiosos que agitaban la capital.

Porfiadas disensiones se produjeron en el seno de la orden con motivo de la elección de nuevo provincial, al punto de hacerse necesaria la intervención del Virrey, quien envió al Callao y embarcó en la capitana al P. Hiporry, hasta que el 24 de Julio se celebró el capítulo, en que salió electo provincial el P. Juan de Barbarán Lezcano, que interinamente desempeñaba el priorato. Mas este capítulo fué anulado y la elección del P. Barbarán quedó sin efecto (2).

Fuese que el P. Barbarán hubiese recibido instrucciones de Roma al respecto, ó que su piedad la hiciese aceptar la sentencia de la Preservación, ó por sacar á la orden del atolladero y malquerencia en que estaba, el hecho es que los dominicanos capitularon y que el sába-

(2) Véase Meléndez, *Tesoros Verdaderos de Indias*, tomo III pp. 688—737.

do 19 de Julio de 1664, á las 5 de la tarde, después de haber cantado las letanías de la Virgen, estando la iglesia de Santo Domingo llena de gente, que había sido convocada al efecto, salió el P. Barbarán acompañado de todos los religiosos de la orden, y poniéndose en el altar mayor, dijeron en alta voz: «Benditto y alabado sea el Santísimo Sacramento del altar y la birgen María nuestra Señora concebida sin pecado original desde el instante de su concepción».

En seguida el prelado dió la bendición.

La gente salió delirante de gozo de la iglesia. Todo era en la ciudad alegría y entusiasmo. Pero era menester una manifestación más pública y que satisficiera ampliamente el herido sentimiento religioso de los limeños, y el martes 29 del propio mes y año, los dominicanos hicieron una suntuosísima fiesta á la Inmaculada Concepción.

El día siguiente salió de su iglesia una procesión que recorrió las principales calles de la ciudad, en que iba la imagen de la Concepción en las andas de plata en que se acostumbraba sacar á Santo Domingo, y éste en unas andas doradas.

El acompañamiento fué excepcionalmente brillante y numeroso. Iban el Arzobispo D. Pedro de Villagómez, vestido de pontifical; los Cabildos eclesiástico y secular, los tribunales y toda la nobleza.

Los dominicanos cantaban, [quizá de mala gana] *María ha sido concebida sin pecado original*, á que la procesión respondía en coro:

Fué concebida María,
Remedio de nuestro mal,

Más pura que el Sol del día,
Sin pecado original.



Así terminaron en Lima estos disturbios religiosos, que por más de un año tan hondamente habían conmovido á la católica ciudad de los Reyes, de los cuales no hay cronistas ó historiador alguno que dé ni la más ligera noticia y que habrían quedado perdidos en el abismo de pasados tiempos é ignorados, si el insigne Mugaburu no hubiese tenido la exquisita proligidad de apuntarlos día á día en su minucioso diario.

CARLOS ALBERTO ROMERO.

Lima, Junio de 1906.

De la «Revista Histórica Nacional» que viene llenando hasta ahora su cometido con brillantez, extractamos la siguiente página colonial, muy sugestiva para todos los que echan de menos el *tiempo viejo*.

Precioso tiempo, ¿eh? . . . Don Carlos Romero refundidor ingenioso de Mugaburu, nos sumerge de golpe en ese pantano de brutalidad é ignorancia donde anegaban nuestros abuelos sus energías.

¡Qué bien explica ese fervor por el culto *externo*, el abandono de la razón, el desconocimiento de las verdaderas necesidades del espíritu, por todo un pueblo que despreciaba á los gringos como herejes y comerciantes!

¡Oh! vosotros *herejes de la civilización*, ¡qué bien estáis en el cementerio, después de habernos legado con vuestros hábitos, el tesoro de la pereza y la inclinación natural á la esclavitud!

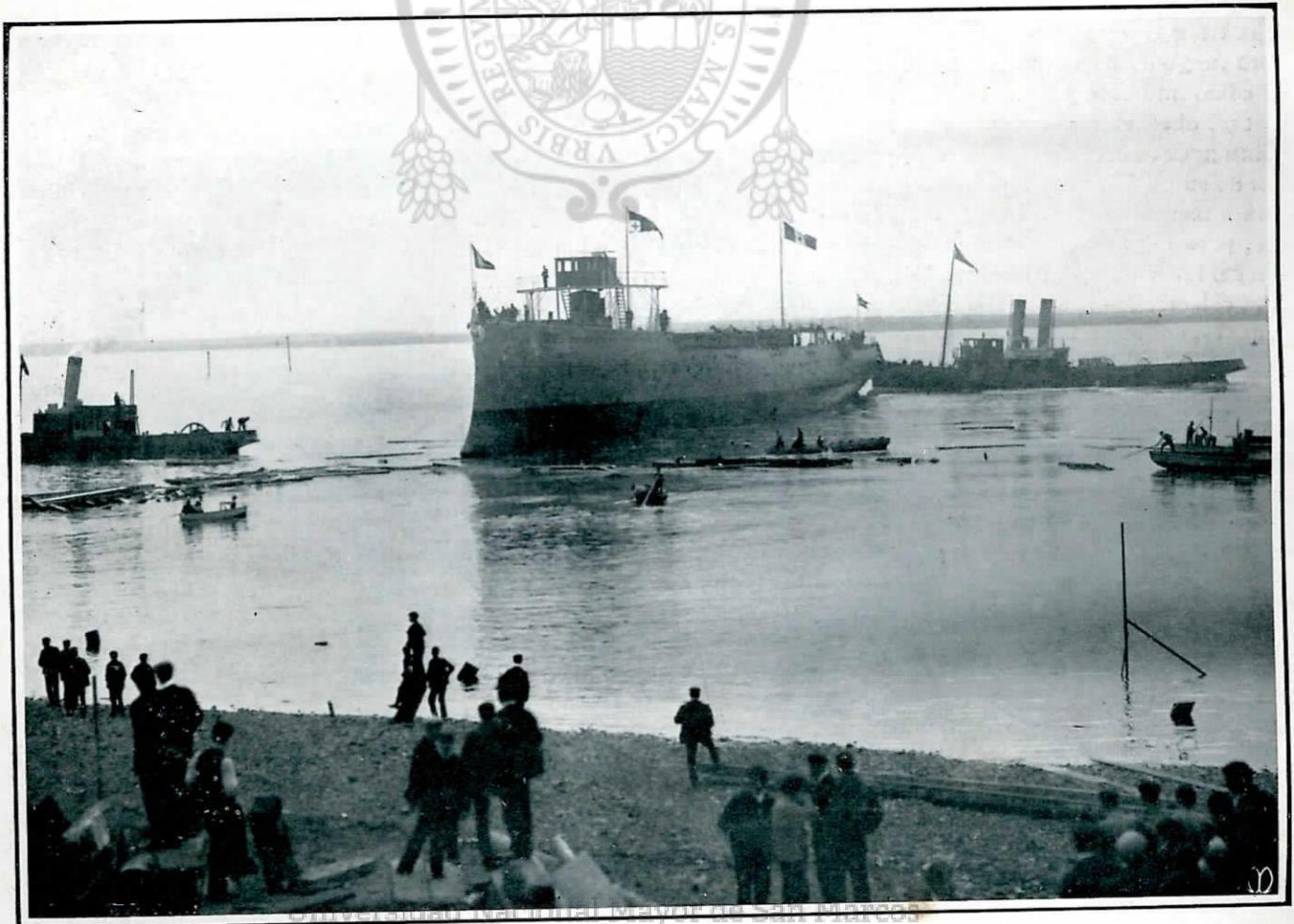
Porque creemos en la evolución del pensamiento y en algo superior á la materia organizada, es precisamente, por lo que mas repulsión nos causan las mentecatas del *tiempo viejo*.

AREQUIPA





BAUTISMO DEL "CORONEL BOLOGNESI" EL 24 DE SETIEMBRE DE 1906



EL "CORONEL BOLOGNESI" A FLOTE DESPUES DEL LANZAMIENTO EL 24 DE SETIEMBRE DE 1906

✦ Indisciplina militar ✦

(ADOPTADO)

VEDLO: horrible palidez cubre su rostro: esfuérsase para demostrar serenidad; pero sus grandes ojos revelan las penas de su alma.

Acaba de escuchar su sentencia de muerte, y ninguno de sus músculos se ha contraído: su mano ha trazado sobre aquel papel fatídico, una firma, quizá la última, sin que el pulso le temblara.

En plena juventud, ávido de gloria, henchido de esperanzas, cruzaba la vida y una obcecación, el arrebato de un momento, el vértigo de la sangre, le hicieron cometer el más indisculpable de los delitos, el que con más rigor castiga el código entre los que visten el honroso uniforme militar.

La milicia, es un sacerdocio muy estrecho, y el que la profesa principia por hacer dejación de su vida y de su voluntad: de la primera en aras de la patria; de la segunda en aras de la disciplina.

El que sólo juzga al soldado por el brillo de su uniforme, y por su alegría característica, no puede apreciar lo que el soldado es. Hay que verlo en el cuartel dedicado á sus faenas; en el campo haciendo marchas; en el campamento cubriendo el servicio de avanzadas; en medio del combate arrostrando la metralla; en los hospitales curándose sus heridas; hay que contemplarlo en esa lucha titánica que sostiene consigo mismo ante el mortífero fuego de un reducto, sintiendo latir su noble corazón como un héroe y permaneciendo inmóvil como una estatua, obedeciendo á la voz de sus Jefes.

Entonces es cuando únicamente puede uno formarse idea de su misión altísima, de su abnegación sin límites, de la inmensidad de su sacrificio! Pero para conseguir ésto, para llegar á este extremo absoluto de la abstracción del individuo y de su refundición en la masa común, en la colectividad, bien se denomine ésta, compañía, medio escuadrón ó batería, preciso es la disciplina más absoluta, el reglamento con todo su rigorismo, la aplicación del código sin contemplación alguna al que falte al cumplimiento de sus deberes. Sin esa ley terrible, que muchos juzgan dragónica, sin esa rigidez de principios, sin su observancia severa, el ejército no sería sino una agrupación de hombres armados, de voluntades discordantes, que harían imposible la unidad de acción, y la fuerza colectiva en defensa de la patria, quedaría reducida á cero.

Sensible, muy sensible es que el hombre se vea en el terrible caso de derramar la sangre de su hermano en desagravio de la vindicta pública ó de la ley militar.

Sensible, muy sensible es que en lo humano, no se haya encontrado medio de conciliar el respeto á la vida del hombre con el escarmiento saludable, con el temor á la consumación de los delitos; pero en tanto que la sociedad no descubra la forma conciliadora, que de seguro descubrirá algún día, la pena de muerte será el valladar que contenga al soldado en los estrechos límites de la disciplina.

Veinticinco años tiene el infeliz á que me voy refiriendo. Un altercado con su novia sobreexitó sus nervios y le hizo acudir tarde á la lista, y en tal disposición de ánimo se encontraba, que al ser reprendido por el oficial de semana, cometió el delito de hacer armas contra él, frente de su compañía.

Juzgado sumariamente por un consejo de guerra, vá á ser pasado por las armas, y el infeliz que conoce la enormidad de su delito y lo justo de la sentencia, sólo pronuncia estas palabras al firmarla: «*Debo morir, lo he merecido, no lo siento más que por mi madre!*»

Ya forma el cuadro en las inmediaciones del cuartel; destacamentos de todas las armas lo constituyen y seis soldados de la compañía del reo, designados por la suerte son los encargados de ejecutar la terrible sentencia.

Auxiliado por un sacerdote, acompañado de su defensor y sereno, aunque pálido, el reo sale del lugar donde ha escuchado su sentencia y se dirige al lugar de la ejecución.

En medio del profundo silencio que reina, parece escuchar el violento latir de los corazones.

El oficial que manda el pelotón encargado de la ejecución, da la voz, la tropa dispara, y el cuerpo del reo cae traspasado por las balas destinadas á poner fin á su existencia.

Momentos después, todo ha concluído.

El cuerpo ensangrentado é inmóvil, yace sobre la yerba de la plaza, en tanto que su alma vuela á las alturas á rendir cuenta á Dios.

Las tropas desfilan consternadas y silenciosas por delante del cadáver.

La disciplina queda restablecida con el terrible cumplimiento de la ley.

Y, en el último rincón de la provincia, una infeliz anciana llora con lágrimas de sangre la desgraciada muerte del hijo de sus entrañas.

TENIENTE B.

Chorrillos, 3 de Noviembre de 1906.



A MI PIANO



Tí me acerco pálida, temblando; tú has amasado mi vida con los genios del arte; en tu blanco teclado he sentido flotar el alma de todos los tiempos: por eso te busco.

No tengo más que acercarme á tí y al conjuro de mis manos tengo lo que quiero. ¡Tanto tiempo pasó sin que dijese lo que te debo! Sugeta por un prejuicio social que me obliga á esconder lo que siento, esperaba otros lo contasen. Hoy desligada del viejo atavismo, del grillete doloroso que me hacía esparcir la suplicante mirada, el mendigo deseo, puedo expresar claramente lo que siento.

¿Debía yo callar cuando tú has laborado esta entidad que yo llamo mi ser?

Apenas hube sentido las primeras pulsaciones de la vida en mis células, un instinto ingénito me ha llevado á buscar en las complejidades de tu organismo la esencia de otras vidas. Dóciles á mi evocación han acudido una á una.

Mendelsolhn, Bach, Grief, Henfelt, Mozart, Schumann, Liszt, Beethoven y Chopin fueron mis genios predilectos. Dioses supremos de la sensibilidad me transmitieron con el idioma del sonido las ideas más diversas y complicadas.

No obstante, para comprenderlas tuve primero que distender una y mil veces mi sensorio para fijar con el tacto el poema que huía.

La técnica fatal y dolorosa era el gran obstáculo á la comunicación espiritual y era necesario dominarla. La técnica fué para mí el calderón ó punto suspensivo que me obstruía la entrada á esas vidas plastificadas en el enigmático idioma del sonido.

Después ¡ah! cuando mis manos domeñadas por el ejercicio obedecieron puntualmente á esos símbolos grabados en la pauta como letras de un poema inextinguible, mi mente en suspenso escuchó y comprendió lo que decían. A semejanza de los vedantinos creí que la vida real, la existencia verdadera residía en las espirituales esferas. Cuando mis manos extendidas sobre los siete elementales multiplicados hablaban á esas regiones de ultratumba, así lo creí.

Pero como no es posible recibir una fuerza viva sin sentir su correspondiente dominio, las células de mi organización desarrollándose á compás de tales vibraciones han tomado el carácter decisivo de moverse y subsistir por sentimientos.

No viene á mí una idea sin que se descomponga, pierda su fuerza reflexiva, tiemble como gota de agua sacudida por el viento, y se diluya, por fin, en el obscuro laberinto de mi naturaleza sensitiva, en ondas superpuestas de gradual emoción.

¡Eso has hecho conmigo, mi amado compañero, piano querido!

Y por más esfuerzos que hoy hago para librarme de

tu tiranía no puedo. Ya es tarde. Así me has formado y así soy.

Muchas veces he sentido rebelarse mi orgullo ante tu imperio; he llorado de desesperación al sentirme esclava de esos genios del arte musical, que han iutoxicado mis nervios con sus lágrimas, sus alegrías, sus caprichos, sus voluptuosidades, sus tristezas, sus extravagancias y sus anomalías morales y te he abandonado en un acceso de soberbia.

Ahí te quedas, piano antipático, me he dicho, dejándote en un rincón, mirándote con desprecio y considerándote como un clavicordio del tiempo de Beethoven.

Por mi voluntad permaneciste mucho tiempo mudo

Entretanto me eché á vivir en el mundo viril de las ideas y de las acciones heroicas, quise fortificarme y adquirir la consistencia del ombú y el ñandubay de mi tierra: esto acordándome del pensamiento de Pascal que dice: «La costumbre es una segunda naturaleza que destruye á la primera».

Mas la experiencia, madre de la sabiduría, me enseña que la impresión que me has causado perdura. Comprendo que tú no has venido á mí en forma de accidente, como poder transformista posterior sino que has colaborado en mi evolución naciente y por lo mismo fundamental.

Ante una tumba quiero de nuevo inclinarme como un sauce llorón; á la vista de un bosque enmarañado y sombrío me acosa la enfermedad del sueño de los africanos; huyo de la civilización como el René de Chateaubriand pues me parece un dolor; y siento como el Fausto de Goethe que:

«La inmensidad á su ambición no basta cuando rompe á volar la fantasía y el rincón más angosto es suficiente para encerrar al cabo nuestras dichas».

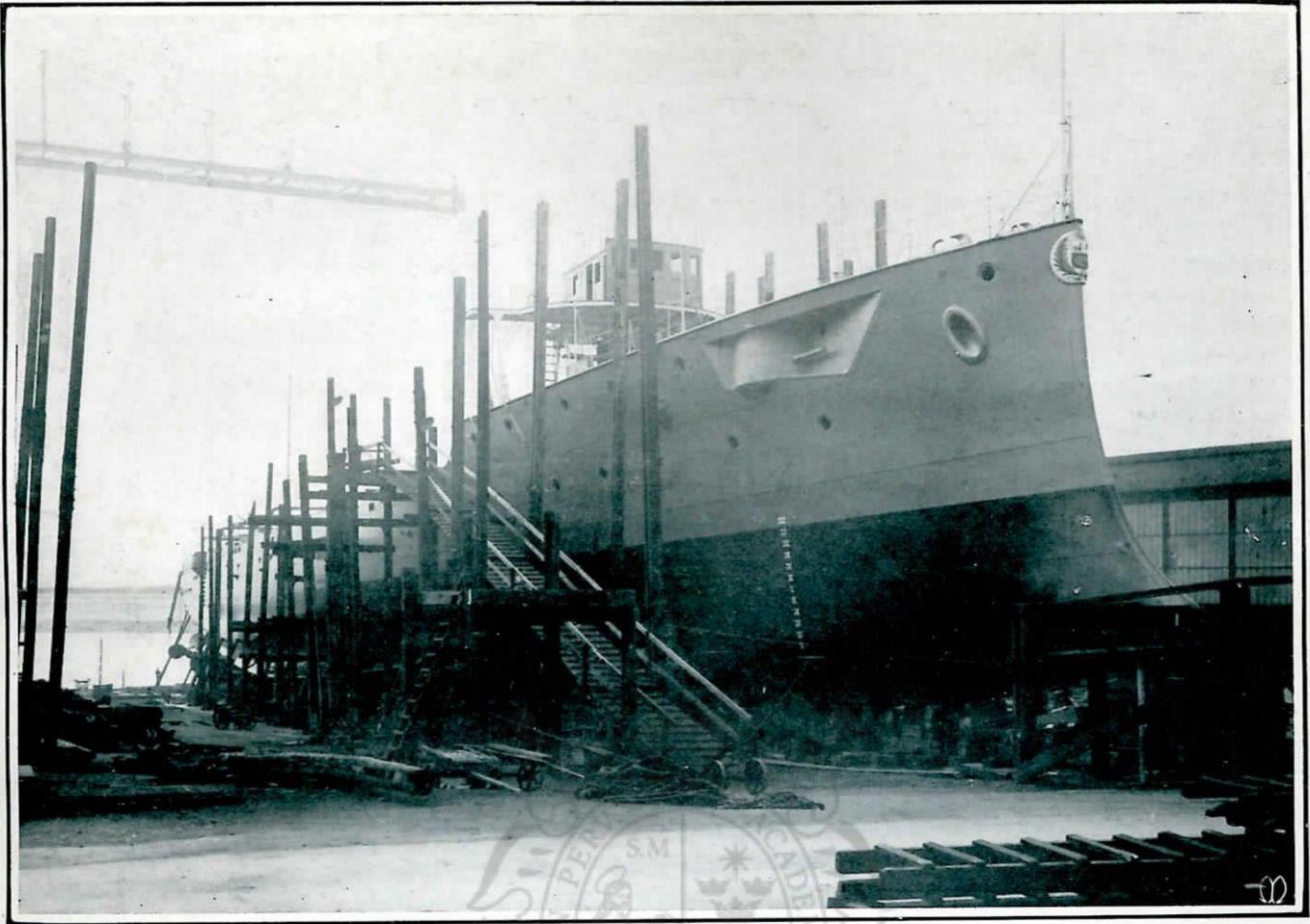
Por eso aunque te tome odio vuelvo á tí. Te dejo polvoriento en un rincón como un armatosté innecesario y no puedo dejar de acercarme á ti; destaparte y buscar en tu blanca dentadura de marfil, con la punta de mis dedos, la idea que se escapa y la imagen que se borra.

Si es cierto que á los seres primitivos hay que hablarles con el gesto, el color y el sonido, primitiva soy, puesto que cada vibración de la belleza condensada en el sonido hace latir mi corazón.

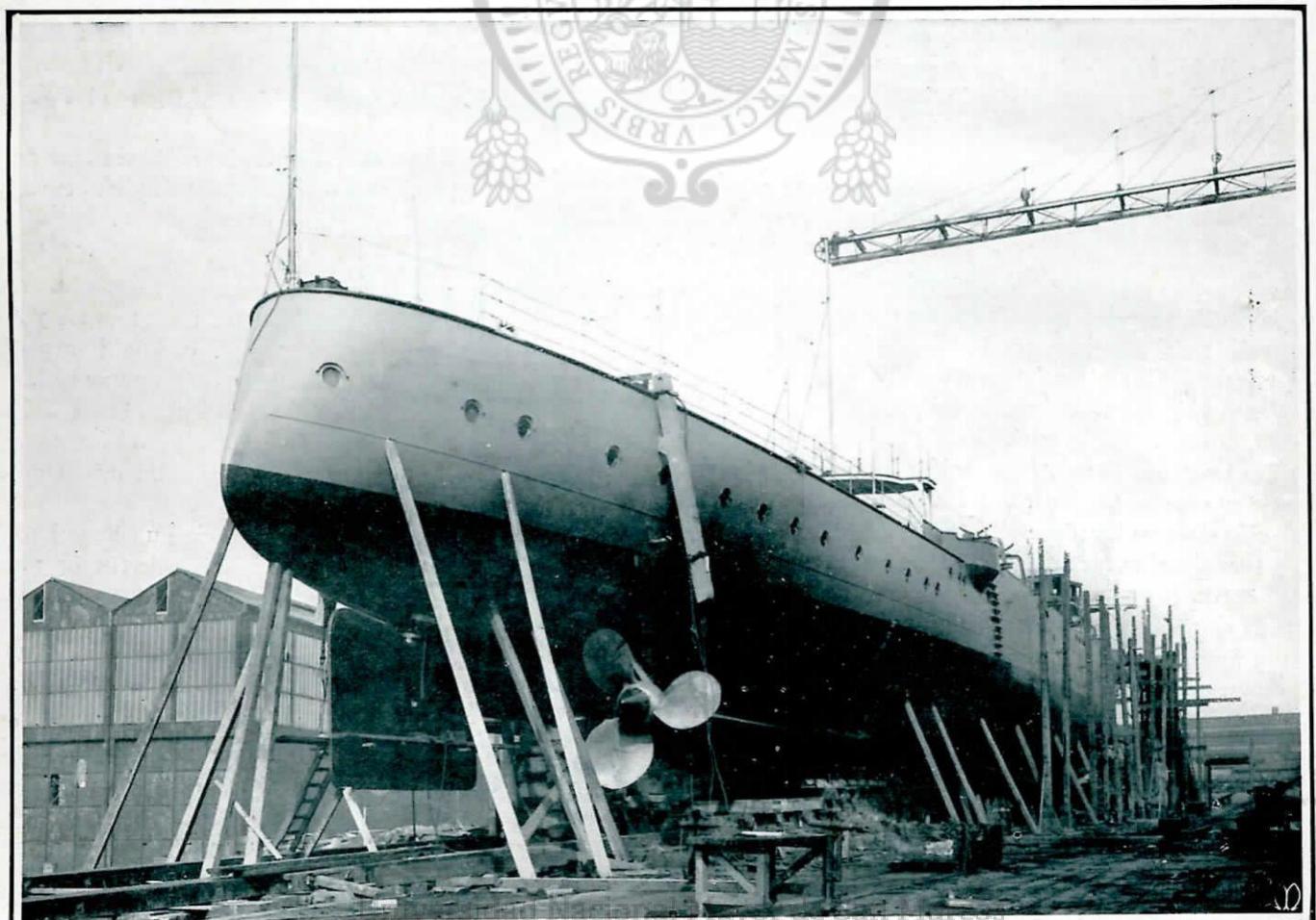
Tan grande ha sido la influencia que has ejercido en mi organización, que ahora separada de tí vibro; me has transmitido tu capacidad sensoria y como un arpa eolia, tiemblo á impulso de cualquier soplo.

Puedo modificarme; pero ya es demasiado tarde para cambiar radicalmente. A tí debo esta manera de ser mía. Y si es cierto que los sentimientos y no las razones gobiernan al género humano, como lo afirma Spencer, alguna huella dejaré de mi paso por este mundo.

CRISTINA OTAEGUI.



AMURA DE ESTIBOR DEL "CORONEL BOLOGNESI" EN GRADAS EL 24 DE SETIEMBRE DE 1906



Universidad del Perú. Decana de América

ALETA DE ESTIBOR DEL "CORONEL BOLOGNESI" EN GRADAS EL 24 DE SETIEMBRE DE 1906, ANTES DE SER BOTADO AL AGUA

Cumplidos y cortesías

SERÁ niñería ó falta de un sentimiento fino de la civilización, pero cuando veo delante de la puerta de un café ó de un salón algunos señores que quieren hacer entrar primero á uno del grupo, el cual se niega y quiere que entre otro, y éste rehúsa el honor y lo ofrece á un tercero, que insiste en vano para que lo acepte un cuarto y el juego se repite varias veces con saludos y súplicas, hasta que uno se resuelve á entrar, pero de refilón é inclinándose como para decir que acepta por fuerza el gran honor inmerecido, me asaltan deseos de reirme, como en la escena bufa de cierto sainete donde varios personajes hacen un juego semejante, no para honrarse alternativamente, sino porque cada cual tiene miedo, si pasa el primero, de ganarse un puntapié de los otros.

Y recuerdo también una escena de opereta, en que un general, después de haber insistido inútilmente para que pase delante de él un ministro, perdida la paciencia, le amenaza con darle un golpe si no pasa; expresión sincera de lo que en la vida real es con mucha frecuencia el pensamiento secreto del obsequioso, fastidiado por la modestia testaruda del obsequiado. Me da ganas de reir, pero pienso á la vez que todo el tiempo que cada uno de nosotros, durante su vida, emplea en ceremonias semejantes á ésta, nos bastaría para aprender una lengua extranjera.

milia entera acude afanosa para tomarlo antes que el propietario, que corre él también para anticiparse á los de la casa, representando todos juntos una escena del juego de pelota ó un simulacro de disputa de ladrones.

Pero es todavía más admirable el acto fulminante con que se apaga el fósforo encendido en manos del caballero, para entregarle el propio, ardiendo, y tenerlo heroicamente fijo hasta que sacuda los dedos, mientras que aquél se afana en chupar el cigarro, por compasión al Mucio Scévola de la cortesía.

¡Qué ridiculeces! ¡Y nos reímos de ciertas ceremonias de los salvajes! Si no estuviéramos acostumbrados á verlas, ¡qué carcajadas soltaríamos ante las nuestras!

Del mismo modo la costumbre no nos hace notar la desentonación de tantas fórmulas de cortesía servil, todavía en uso en nuestro tiempo de democracia y de igualdad.

¡Qué vida tenaz tienen todavía las expresiones italianas: *servo suo, servitor e umilissimo, si degni, la supplico, ossequio y omaggio!* No menos extraños son la profusión, la variedad de los significados, la inoportunidad y la superfluidad completamente insignificante con que se usan muchas otras formas de cumplido, que no tendrían en sí nada de singular.

¿Habéis observado nunca los servicios curiosos que prestan *antes bien, ruego, nada, perdone, figúrese, ¿le parece á usted?*

— *Excúseme*, ha dejado usted caer el pañuelo.

— Gracias, *excúseme usted*.

— Perdone.

— No es *nada*. (¿Cómo nada?)

— Tengo el gusto de conocer á usted.

— *Antes bien*, el gusto es mío; ¿qué tiene que ver *antes bien?*

Otras expresiones son de cuño preciosísimo.

— ¿Quiere tener la *amabilidad* de decirme si llueve?

— ¿Quiere usted *hacerme la fineza* de darme el tirabuzón?

A estos pases ultrafinos forman contraste otros, de cuya familiaridad algo vulgar nos damos cuenta al usarlos con ciertas personas, como:

— *Buen apetito*.

— *Buen provecho*.

— ¿Cómo ha digerido usted?

Amabilidades todas que revuelven el estómago.

Y ese buen deseo tan molesto que obliga al estornudador, en el momento en que va á reparar el accidente, ó se esfuerza en prevenir el segundo.

Y ese otro tan frecuente y cómicamente vasto y equívoco:

— *Tante cose*.

También hay ataques apopléticos. Y todas esas frases hipócritas:

— *Si le molesto á usted, dígamelo*.

— *Usted me dirá que abuso indignamente*. (No, pero quisiera decirselo).

— *Ya es tiempo de que le quite la molestia*. (¿Después de dos horas? ¿Y cómo se hace para quitarla? Lo hecho, hecho está).

Frase muy cómica ésta cuando la dice al otro en forma interrogativa uno de los dos visitantes, con el idiotismo muy común en italiano del *ci* (a) por el *gli* (a), que exprese un pensamiento al que quiere expresar:

¡Cuánto hemos inventado para distinguirnos del «vulgo» y también para mantenernos viva la ilusión de ser amables y vivir en una sociedad donde reinan el respeto y la estimación recíprocos!

Ahí están dos hombres graves que tienen que hablarse de cosas importantes y de urgencia, y que se quedan largo rato de pie, cada uno en el respaldo de una silla, porque cada cual considera como falta de respeto al otro sentarse medio minuto antes que él.

— Tome asiento.

— No señor: usted.

— Le ruego.....

— Imposible.

¡Noble emulación! ¿Cómo se resolverá la cuestión? Sólo hay un medio: sentarse los dos personajes á la vez, mirándose alternativamente, para que los actos sean rigurosamente simultáneos, y así se salvarán los derechos de entrambos.

Otros dos caballeros, olvidándose de la dignidad habitual, se ponen en espectáculo en medio de la calle, girando el uno alrededor del otro como en la tarantela, porque cada cual quiere dar la derecha al otro, lo cual no es posible sino retrocediendo uno de los dos; y se detendrá gente á mirarlos y á divertirse antes que uno de los dos caballeros se decida á sacrificar su propia modestia.

Otros dos, más divertidos, disputan delante de un despacho de bebidas con vivacidad durante un rato, alargando alternativamente la mano, rogando, discutiendo, ordenando, porque el uno quiere pagar diez céntimos por el otro: y los dos son millonarios.

¡Y el retroceso respetuoso que uno hace delante del personaje respetable, como si temiera recibir un puñetazo en el estómago y termina generalmente con un empujón contra un tercero, á quien se pide excusas, con un segundo retroceso!.....

¡Y ese dar vueltas en torno de una persona honorable como si fuera un enfermo de enfermedad contagiosa, ó un hombre armado con siniestra intención!

¡Y la caballeresca excursión del sombrero! Una fa-

—*Leviamoci* (b) *l'incomodo?* (¡Tantas gracias!)

Y también el uso de *hágame el favor* y de *por favor* es en muchos casos ultracómico.

—Hágame el favor de llevarme el baúl, puede pasar; es una hipérbole de la cortesía. Pero que un médico italiano diga á una joven clienta: *Mi favorisca la lingua* — no va bien.

Y hay otras muchas como para poder hacer un diccionario satírico muy divertido.

Ciertas otras formas muy usadas, si se reflexiona, son menos amables de lo que se cree.

Por ejemplo, acostumbramos decir:

—Tenga usted paciencia.

—Tenga la bondad.

—Hágame el gusto.

Que son modos imperativos y no de ruego: en otras son intimaciones casi amenazadoras:

—Usted *debe permitirme*

—Usted *no debe, no me puede negar, estoy seguro de que me hará tal favor.*

¡Y cuántas ligeras impertinencias se dicen comunemente sin darse cuenta, con la intención de decirse una amabilidad.

A uno que pregunta:

—¿Cuándo tendré el honor de verle otra vez?

Se responde como al descuido:

—Espero que pronto—sin más ni más, lo cual significa literalmente:

—Espero que pronto tendrá usted ese honor.

—Nunca ha hablado usted como esta noche, creyendo hacerle el mayor de los elogios.

Y estas otras:

—Usted habla como ninguno. (Entendámonos.)

—Ese artículo es el mejor que usted ha escrito. (No es como para agradecerle.)

—No puede usted figurarse cuánto le aprecio.

—Pocos le aprecian como le aprecio yo. (Eso es una impertinencia.)

—¿No es verdad, pues, que usted ha estado enfermo? Menos mal.

(Es un menos mal que haya estado siempre bien.)

—Si no pudiera usted venir á comer con nosotros, *me haría un placer* en hacérmelo saber lo más pronto posible.

—Le ruego no decir nada, pero es inútil recomendarle la delicadeza ó es tiempo perdido.

—¿Le molesto?

—Ni por pienso. No tengo nada que hacer.

—Discúlpeme si le he hecho esperar: ¿le habrá parecido largo el tiempo?

—No me he dado cuenta.

—Gracias: pero siento que usted se prive.

—De ningún modo. De todos modos tengo que tirarlo.

Y también el decir á una señora que se cree todavía joven:

—Parece usted rejuvenecida.

Y á una señora, que *tiene el aspecto señorial*, y á una señora de edad, *que es un milagro de conservación* (como una momia egipcia) y á mamá, al admirar á la hija:

—¡Qué hermosa niña! Es el retrato de su padre.

Arroje la primera piedra quien no haya dicho mil de éstas en su vida.

Muchas fórmulas de cortesía se han hecho tan habituales, que se acompañan con frecuencia casi involuntariamente con la expresión de sentimientos completamente opuestos á los que expresan:

—Permítame usted decirle que ha faltado á la delicadeza.

[b] *Quitémonos* la incomodidad, por *quitémole*, indica que la incomodidad la recibe el importuno.

—Con todo el respeto que se le debe, ha dicho usted una simpleza,

Perdóneme, pero ésta no es acción de caballero.

—Hágame el favor, le ruego, de usar términos más corteses.

Es como dar un puñetazo con una mano, quitándose el sombrero con la otra.

Con mucha frecuencia se hacen servir las expresiones más humildes de respeto á la manifestación del resentimiento y del desprecio.

¡Cuántos rencores y enemistades nacen de un:

—Servidor de usted.

—Mis respetos.

De un:

—*Tantos respetos*, dichos en vez del saludo familiar habitual, ó con un modo ó un tono disonante de su significado por el cual adquieren sentido injurioso de ironía!

Todas estas formas ceremoniosas son como pequeños instrumentos de doble uso, que por un lado suavizan y por el otro pinchan: por medio de los cuales, con una ligera variación de acento, se puede hacer una descortesía á quien se quiere, no dejándole manera de resentirse abiertamente, porque es siempre posible al ofensor negar la intención ofensiva, sin mentir con demasiada imprudencia.

Y en este arte sutil hay verdaderos maestros, que desahogan impunemente todos sus despechos para toda la vida.

Y también con mucha frecuencia las palabras amables son usadas como manifiestas injurias.

—Me voy.

No vendré más á su casa.

—Me hará un favor.

No quiero insistir en este punto.

—¡Hace bien!

A veces también la expresión respetuosa es como una inclinación hecha á una persona para darle una embesida al estómago.

No hay ninguno que no haya oído decir alguna vez una frase semejante á esta:

—Si no fuera por el respeto que debo á sus canas, le haría probar la punta de mis botines.

Y de ese modo manifiesta su resentimiento sin faltar á las consideraciones debidas á las canas. Las personas bien educadas saben conciliar las cosas más difíciles; basta un poco de tacto.

La más molesta y funesta de todas es esa especie de cortesía ejecutiva y tiránica que usa en la mesa con sus invitados la pequeña burguesía de educación incompleta.

La llamo ejecutiva porque á las solicitudes é insistencias verbales suele agregar el acto de poner comida por fuerza en el plato y casi en la boca, y *funesta*, porque es sin duda motivo de muchos trastornos gástricos, y de no pocos casos de muerte.

¿Qué hay más vulgar é impertinente que tratar al invitado como un pobretón con ayuno de semana, que se niega á llenarse por pudor y á quien se debe por caridad proveer el estómago para otros siete días?

Y «otro poco para darnos gusto» y «no nos haga esta descortesía» y «no rechazará lo que le doy» y «un trocito más» y «este otro que será el último» y toma y revienta . . . para *agradecer*, como se suele decir.

Y también sucede que por ser demasiado amables, de un modo, son groseros por otro, cortando la palabra al invitado que cuenta ó discute para obligarlo á defenderse, que es como decirle:

—No nos importa que hables sino que comas: aquí no eres una inteligencia, sino un vientre, es decir, un pavo que se ha de engordar para Navidad.

¡Oh abominable cortesía abrumadora!

¡Y cuán horriblemente variada de formas y artimañas! Súplicas, sonrisas, lisonjeras, razonamientos exhor-

tatorios, reproches dulces, y hasta amargos é indicaciones laudatorias, para excitaros al amor propio, al tiempo en que era más vasta vuestra capacidad y más condescendiente vuestra mandíbula; y mientras rechazáis un tenedor que asalta por la izquierda, otro á la derecha á traición, os hace caer por delante un trozo de carne ó una cucharada de legumbres, y toda la familia aplaude la estratagema afortunada que os hace reír á la fuerza.

¿Cuándo se pondrá en el código un artículo que castigue estos atentados á la salud y á la vida, ó surgirá un pequeño Parini que aplaste con el ridículo esta grosera cortesía del embudo?

El abuso de los cumplimientos epistolares va disminuyendo: pero muy despacio. Todavía en un gran número de cartas solo un período contiene el objeto principal; todos los demás no hacen sino destilar almíbar y dirigir reverencias.

Los *ilustrísimos*, los *clarísimos*, los *elevadísimos* y todos los demás superlativos del antiguo epistolario continúan en plena floración.

Lo curioso es que muchos no comprenden que ciertos superlativos, especialmente si se refieren á una señora con quien no se tiene familiaridad, como *gentilísima*, son demasiado familiares, y que otros, como *ilustrísimo*, por haber perdido su valor mediante el abuso, son ahora menos honrosos de lo que debieran.

Hay también quien no hace distinción entre los dos, de modo que en sus cartas, de *ilustre* en la dirección, sois elevado á *ilustrísimo*, en el texto, ó del sobre á la hoja, ascendidos de grado. ¡Y que haya tantos aun, que no conocen el ridículo del *distinguido*, del *recomendable*, del *claro*!

¡Claro hombre! ¿No os parece ver una estatuita trasparente con una lamparita adentro? Algunos creen más noble la simple indicación. *Señor*... como se comienza en los dramas las tiradas requisitorias. Cada vez que leo esta intestación, espero una embestida. Y me parece peregrino el *caro señor y amigo* como si dijera: *hombre y colega*. Pero más amenos son el final y los diversos modos de firmar.

¿Qué es el *soy de vuestra señoría ilustrísima obligado y devoto*, y el *de usted me repito*?

Se asemejan al movimiento de costado con que Naná lanzaba la última nota de las *chansonnettes*. *Soy, con estima*. (¿Con *estima* de quien?) *Su devotísimo*. Me hace pensar en la evaluación de los bienes que se hace para fijar los impuestos. Y no se comprende que el escribir á una persona que *se estima* no es un cumplimento, porque es lo menos que se pueda decir y á que tiene derecho todo ciudadano, que no haya perdido la estimación pública. Con *ilimitada estimación*. ¡Demasiado generoso! Y también los *sinceros saludos y augurios*. ¿por qué los haría si no se sobretendieran *sinceros*? *Distinguidos saludos*, de primera calidad, me parece que quiere decir. *Me profeso*. ¡Nada menos! *Paso á repetirme*. Pase, si quieres, que yo cierro.

Es divertido observar cómo ciertas expresiones de cortesía y de respeto usadas por los señores se modifican en la forma ó en el significado en boca de la gente de pueblo. Algunas se convierten en jocosas, otras en arriesgadas.

Que se diga á un italiano, *si dispensi pure* por, haga lo que guste, puede pasar, porque está sobrentendido con elipsis atrevida: *da ogni riguardo*, pero cuando os dice una mujer graciosa: *Io mi dispenso troppo* ¿no os ocurre preguntarle cómo no se avergüenza de decirlo? Muchos usan al revés la palabra *licencia*, cuando tienen que nombrar una cosa ó repetir una expresión poco decente: Hablando *con poca licencia*.

Del mismo modo expresan una idea que tienen en la mente, cuando os agradecen veinte céntimos no debidos, diciéndoos: *usted se incomoda demasiado*, lo cual que

ría decir que para vosotros esos veinte céntimos son un derroche.

Es curioso en los agradecimientos el uso del gerundio, como si embelleciera la expresión: *Dando las gracias. Dándole muchas gracias*.

Más curioso es el contraste entre la frase: *usted me ofende*, que os dicen, metiéndose la moneda, y el rostro que manifiesta riendo un sentimiento completamente opuesto al de la mortificación.

También es graciosa esta otra: *Usted, que, sin ofenderle, es un señor como pocos*...

Una de las maneras más usuales de cumplido es la alusión á la autoridad, al poder social de la persona que se quiere congregar: *Usted que tiene los brazos largos, que no tiene más que decir una palabra, que basta que se presente, á quien nadie puede negar nada*, y con esto la gente del pueblo demuestra tener intuición, casi por instinto del lado débil de la ambición y de la vanidad de la mayor parte de los hombres bien vestidos. El título de caballero, además, en alguna región de Italia, es la más pequeña fracción del sistema monetario de la cortesía, de pueblo á señores: es el céntimo que se da hasta quien no pertenece, pues se desea equivocarse en más, en todo caso, antes que en menos.

La más fácil y por lo tanto la forma más frecuente de cumplimiento, es la sonrisa. Si pudiéramos contar cuántas veces nos sonreímos espontáneamente y cuántas por deber ó por intento de cortesía, ó saludando, ó fingiendo aprobar, admirar y divertirnos, reconoceremos que la sonrisa es generalmente en nosotros más un acto preconcebido que la expresión natural de un sentimiento.

Si tal fuera siempre ó casi, se debería decir que la mayor parte de los hombres son profundamente buenos y amables y casi continuamente contentos.

Que nuestra sonrisa cada momento sea un hábito contraído por refinamiento de civilización, lo prueba el hecho de que los pueblos de civilización inferior se sonríen mucho menos fácilmente que nosotros, y que aun menos que nosotros, los llamados señores, si no es saludando, se sonrín nuestro pueblo.

Se ha hecho de la sonrisa una señal tan habitual de cortesía, que al recibir á una persona que no nos es familiar y al despedirnos de ella, nos sonreímos casi sin querer, hasta en momentos dolorosos, y debemos á veces hacer un esfuerzo para que no se dude de la sinceridad de nuestro dolor.

¿Pero es una verdadera sonrisa la que hacemos al saludar á tantas personas indiferentes ó no simpáticas ú odiosas?

No es sino una simulación de la sonrisa, una contracción de los músculos que aplanan la frente y descubren los dientes, sin ninguna expresión benévola ó alegre de los ojos y de la boca y generalmente con expresión malévolamente triste.

¡Cuántas feas sonrisas vemos de continuo que quisieran ser corteses, sonrisas forzadas, siniestras, lívidas, más desagradables de ver que la manifestación abierta de los sentimientos que quisieran disimular.

Y la más repugnante es la sonrisa de la adulación y de la cortesía, la que en el rostro de muchos, que viven alrededor de los poderosos del mundo, se fija poco á poco como una máscara, bajo la cual no se ve ya al hombre verdadero.

Lo que son los cumplimientos se puede estudiar particularmente en las mujeres. Como exageran, por carácter, más que los hombres, les resulta más difícil poner en armonía con la dulzura de las palabras la expresión del rostro, y es por lo tanto más manifiesta en ellas, y sobre todo entre ellas, la ficción convencional de la cortesía. La conversación de muchas señoras, en sus visitas

de cortesía, cuando no son amigas íntimas, no consiste en otra cosa que en cumplidos.

Es una exageración constante, en la frase y en el acento, de la simpatía, de la solicitud, de la alegría, y hasta del pésame, y más que otra cosa de la benevolencia y de la admiración, con ciertas entonaciones y exclamaciones obligadas, que dan á la expresión de todos los sentimientos el mismo color ligeramente dramático ó enfático: bajo el cual, sin embargo, cada una de ellas ve claramente en las otras lo que hay de sincero y de falso.

Pedir, por una parte, perdón de un olvido: darlo, por la otra, con las palabras más amables: volverlo á pedir y á darlo un momento después en forma aun más amable que la primera; cambiarse muchas veces, con los mismos ó en otros términos, sin darse cuenta, las mismas preguntas apremiantes y las mismas alabanzas hiperbólicas; desviar á un lado y otro la conversación para que cada una tenga, á su vez, entre manos, uno de sus temas favoritos, que le dé modo de hacerse valer y de decir cosas agradables para las otras y para sí misma; así prosiguen las conversaciones durante horas, en una algarabía continua de amabilidades y dulzuras que suele terminar con un beso.

El cumplimiento está como personificado en algunos seres, no raros, de uno y otro sexo. No hablo de los muy corteses, fastidiosamente cumplimenteros y adulones de intento ó por interés, sino de los que tienen por carácter una necesidad invencible de hacerse agradables á todos y que acarician el amor propio de todos, á todos se inclinan, con todos hablan melosos y se sonríen casi con humildad de inferiores.

En el lenguaje de éstos el cumplimiento engendra el cumplimiento como un globo de jabón surge de otro, y se envuelve á sí mismo de tal modo, que con mucha frecuencia ellos se encuentran presos como en una red, de que no se saben ya salir. No pueden decir á ninguno una verdad desagradable, ni reprobar, ni contradecir. La forma típica de su contradicción más atrevida se puede presentar en un período como éste: «Si usted me lo permitiera, con toda la deferencia que le es debida, yo me arriesgaría á manifestarle una opinión, que, en ciertos conceptos, le podría parecer no del todo conforme. Dispénsame, con la que usted ha tenido la amabilidad de expresarme.»

Se diría que son ejemplares de la humanidad de otro mundo, donde todos los elementos se encontraran en perpetua armonía.

Fastidian á muchos porque creen que su modo de hacer y de hablar es un artificio; pero se engañan, puesto que ninguno podría sostener ni llevar á tal grado de perfeccionamiento la continuidad de tal ficción.

Son, en cambio, naturales y sinceras, y por esto resultan á la mayor parte amables y acaso agradables, como ejemplos singulares de la naturaleza humana.

Hay también los rebeldes por índole al código común de la cortesía, que tienen la palabra seca, el saludo frío, lacónica la expresión de dar gracias, la alabanza mesurada; y estos, en parangón con los más, parecen gente dura y tosca, no siendo en cambio sino ánimos francos, en quienes hay un sentimiento justo de la exageración y del ridículo de ese arte fatigoso de los cumplidos, con lo cual nos engañamos, ó mejor dicho, estudiamos engañarnos alternativamente.

Y esta cortesía superlativa tiene, entre otros muchos, dos defectos pésimos: hacernos morbosamente sensitivos á cualquier acto insignificante ó palabra poco cortés, y hacer desagradable y casi insoportable á los que la practican, la compañía de esos otros, que por falta de instrucción, y con motivo de la vida ruda á que están obligados, ó también porque no tienen tiempo que perder, no la pueden adquirir.

En el fondo, nosotros tendemos con ese arte á simular cualidades y virtudes que nos faltan, ó á hacerlas parecer mayores que lo que son. Tanto menos lo necesitaremos, y tanto más fácilmente nos despojaremos de él, cuanto más verdaderamente buenos y amables en lo profundo del alma seamos.

La falsedad, bufa de este exceso de amabilidad, que es en comparación de la amabilidad verdadera lo que la torpeza es al sentimiento y el afeitado es al color de la salud, nos aparece en plena luz, cuando somos heridos por alguna desventura, que nos pone en cierto modo fuera del mundo, en una soledad triste, de donde vemos á los hombres como de lejos; y entonces sentimos saciedad y desdén, y nos rebelamos á sus leyes.

Las cuales caen para todos y quedan como cosa muerta y despreciable, y ni siquiera recordada, en esas horas de angustia de las grandes calamidades públicas, en que los hombres se muestran como son, porque están dominados todos por un solo sentimiento, que sofoca toda vanidad y todo mezquino interés.

EDMUNDO DE AMICIS.

EL HOMBRE Y DIOS

Especial para PRISMA

A Carlos G. Amézaga

I CHORRILLOS

Era hermosa la villa..... Parecía templo donde al amor se daba culto, en cuyas blancas bóvedas oculto el dios del lujo y el placer vivía.....

Nunca en sus calles resonar se oía airada frase ó canallesco insulto, ni de los grandes centros el tumulto sus palacios de mármol conmovía.

Rugió la tempestad..... Oyó la tierra el eco ronco del tambor de guerra, de un mundo para eterno vilipendio.....

Y la villa asaltada—¡horror sin nombre!— fué,—para herir á un pueblo,—por el hombre entregada al pillaje y al incendio.....

II VIÑA DEL MAR

Otra elegante villa levantaba sus elevadas torres en la orilla del Pacífico mar..... ¡Hermoda villa donde orgulloso el vencedor reinaba!

En mágicos palacios apiñaba todo lo que seduce y lo que brilla. De lujo y de riqueza maravilla cien despojos guerreros encerraba!.....

Más..... una noche..... ¡El corazón se aterra al recordarlo!..... ¡Sacudió la tierra el dorso enorme y los robustos hombros,

Y de la hermosa villa no ha quedado sino el triste recuerdo, sepultado por el ciego destino en los escombros!.....

N. A. GONZALEZ.

Buenos Aires, 18 de agosto de 1906

Manuel S. Pichardo

La fama de este poeta cubano cada día es mayor por la delicadeza del sentir, la donosura de la forma y el colorido que hay en sus versos.

En plena virilidad, ha enriquecido ya á su patria con multitud de trabajos que andan hoy reproducidos por todas partes.

Dirige el señor Pichardo hace algunos años, el «Fígaro» de la Habana, publicación ilustrada que no tiene competidor en la Gran Antilla, y que se ha impuesto



MANUEL S. PICHARDO

por su selecto material literario, profusión de grabados y otras circunstancias que explican su tiraje de muchos miles.

Antes de ahora, hemos publicado varias producciones de Pichardo, muy bien recibidas de nuestro público y al engalanar con su retrato este número, estamos seguros de hacer un obsequio á sus admiradores que aquí son tantos.

TRÍPTICO

I

EL REY JEHÚ

[Cuadro de Hoffmann de Vestenhoff].

Matador de Joram, rey israelita
que á los hijos de Acab rinde en Samaria,
y haciendo honor á su índole nefaria,
á la bíblica estirpe decapita.

En degollar, á un tiempo, se ejercita
de Báal á la hueste tributaria,
y recoge su presa sanguinaria
con la sensualidad de un sibarita.

A un deleite macábrico se entrega:
como avaro que goza su tesoro,
las cabezas, ya rígidas, despliega;

de los cráneos los coágulos espurga,
y con la punta de su cetro de oro,
la vítrea córnea de los muertos hurga.

II

LA TENTACIÓN

[Cuadro de Morot].

Postrado en su retiro el cenobita,
en actitud ferviente y soñadora
y la mirada en las alturas, ora
frente á los brazos de la cruz bendita.

Sobre sus piernas siéntase Afrodita,
cuyo cuerpo lascivo la luz dora,
y con sonrisa fresca y tentadora,
ávida de pecar, al monje incita.

Con el semblante resignado y triste
y sin bajar los ojos, el anciano
á la impureza del amor resiste;

En tanto Venus con la izquierda mano
vuelca el infolio, y con la diestra escarba
en la nieve sedosa de su barba.

III

EL CRISTO DE ALONSO CANO

[En la P. A. de San Fernando].

Largos cabellos y la barba fina
que al rostro cadavérico amortaja;
feral herida que el costado saja,
y un puñal en la frente cada espina.

Al hombro flagelado el cuello inclina;
manos y pies el férreo clavo raja,
y de la Cruz el cuerpo se desgaja
como un arbusto humano que se arruina.

Ante ese rostro de marfil antiguo,
por todas las injurias profanado,
pienso, triste: «¡Así fué crucificado!»

«¡Así fué el Hombre-Dios!» Y me santiguo,
y en tosco vaso divinal esencia,
mi sér baña un perfume: la Creencia!

MANUEL S. PICHARDO.

EN UNA FUMERIA DE OPIO ANAMITA

Al principio sólo vimos, en la penumbra, las manchas blancas de las esteras. Todo callaba, todo dormía. Las mismas luces que, en el fondo de la estancia ardían el altar de los abuelos, ante un dragón rojo, parecían somnolentes en la palidez quieta de sus llamas.

—Creo que nos hemos equivocado—murmuró alguien. Pero nuestro guía nos tranquilizó, asegurándonos que era imposible confundir aquellas casas.

—Es por el aroma—nos dijo.—Basta con haberlo sentido una vez para no olvidarlo nunca. Los mismos espíritus de los muertos, cuando vuelven á pasearse por la ciudad, se detienen en las puertas de las fumerías en cuanto perciben el aroma de la buena droga.

Un olor especial, que no acertábamos á encontrar agradable ó desagradable y que ni siquiera podíamos saborear por completo, llenaba, en efecto, la estancia. A veces creíamos sentir emanaciones de tabaco rubio de Oriente; pero en el acto otras esencias acariciaban nuestro olfato con suavidades de miel, de sándalo, de canela, de té. Y aquello era como una multitud de soplos sutiles é irónicos que se acercaban, que huían, que se cruzaban, que se buscaban, que se desvanecían.

Cuando, al cabo de algunos minutos, nuestros ojos se acostumbraron á la semiobscuridad, vimos que la mayor parte de las esteras no estaban vacías. Los fumadores, con sus lamparillas apagadas, dormían el sueño divino del opio. Eran chinos flacos, de rostros inteligentes. En sus trajes, ninguna indicación de castas. Todos vestían los amplios pantalones negros y los pijamas lustrosos comunes á los tenderos de Che-Long y de Saigón. Inmóviles, con los ojos cerrados y los brazos en cruz, parecían figuras de cera fabricadas en el mismo molde. Sólo allá en el extremo del aposento, bajo las luces del altar, descubrimos al fin, una hermosa blanca. Era una joven anamita que acababa de fumar su última pipa.

* * *

Pero, ¿era, realmente, una anamita?.. ¿Era una muchacha, una congai?.. ¿O era una adolescente más bien?

En Europa la duda habría sido imposible. Todo, en aquella aparición de lánguida belleza, decía la femineidad. El cuerpo delineábase en finas ondulaciones bajo la seda oscura, y el dibujo del rostro era de una pureza impecable. Los labios, entreabiertos en una sonrisa enigmática, descubrían una minúscula dentadura, virgen de toda mancha de betel. En los dedos de los pies, lo mismo que en los de las manos, brillaban sortijas de plata sin ninguna piedra preciosa, y en los tobillos, en los brazos, en el cuello, argollas cadenas y collares amontonábanse.

—Es una mujer, no cabe duda—murmuró alguien.

Pero otro nos hizo recordar á los adolescentes color de ámbar que la víspera nos habían sorprendido, en el teatro anamita, representando papeles de sacerdotisas, de princesas y de cortesanas con todas las gracias y todas las perversidades de las mujeres más felinas.

El guía mismo, escogido como árbitro, tuvo que confesar su ignorancia, exclamando:

—¡Quién sabe aquí esas cosas!

Y luego, en la lengua del país, interrogó con gran respeto á la fumadora, sin obtener ya, no sólo el favor

de una respuesta, pero ni siquiera el desdén de una mirada.

* * *

¡Oh, aquellos ojos! ¡Aquellos ojos de ensueño y de misterios, de voluptuosidad y de tristeza!.. Contemplándolos largo tiempo, comprendí los arcanos del opio tan bien por lo menos como mis amigos que, habiéndose hecho preparar numerosas pipas, saboreaban en una habitación contigua el supremo placer de la embriaguez divina. Eran ojos de corte asiático, cual los que en Birmania y en Siam los poetas comparan á «pétalos de lotos nocturnos», y que, en efecto, son más vegetales que minerales y no brillan cual los diamantes negros de las españolas, sino que aparecen siempre entre húmedas vaguedades, entre brumas suaves. Los párpados mismos, á la sombra de las pestañas larguísimas, eran de un color mortecino, del morado fosforescente de ciertas frutas tropicales que producen fiebres é insomnios.

¡Aquellos ojos! Yo me asomé á ellos, como á un pozo de infinito, con espanto y beatitud. En su fondo flotaban las visiones del ensueño asiático. Y eran, en barcas de jade, entre sederías rutilantes, princesas del Yunan que corrían en busca de amorosas aventuras por los piélagos glaucos de sus mares; y eran piratas heroicos luchando en sus frágiles sampans contra las naves formidables del emperador; y eran dragones tutelares, de escamas de mil colores, que aparecían á la luz de la luna para ofrecer á las vírgenes entristecidas invencibles talismanes; y eran palacios grandes como pueblos, palacios de filigranas, con techos de oro, con muros cubiertos de esteras bordadas, palacios llenos de músicas, de perfumes, de galanteos; y eran, allá, muy en el fondo, bajo las aguas del pozo, minúsculas pagodas milagrosas.

* * *

Poco á poco la pregunta inicial sobre el sexo de la fumadora llegaba á transformarse en mi mente en otra interrogación más argustiosa, relativa á la naturaleza misma de aquel sér de ámbar y de huirco. Ya poco me importaba estar ó no seguro de que realmente tratárase de una congai. Lo que quería era saber si era una realidad ó un fantasma, una criatura humana ó una sombra. Aquella inmovilidad extática, en la que sólo los ojos vivían; aquella perpetua sonrisa quieta, casi muerta, y que, sin embargo, era un filtro irresistible de tentaciones excelsas; aquel cuerpo, en fin, que las flotantes sedas del traje dejaban adivinar lleno de ardiente juventud; todo aquel ser armonioso, amoroso, misterioso, no tenía más vida que la de los ojos.

Y cuando digo vida, no quiero indicar movimientos, no. Las pupilas también permanecían inmóviles, contemplando los cortejos de sus visiones. «Hay una suerte de mujeres soñadoras que se llaman hadas, en latín *strigæ*, las cuales se alimentan de adormideras negras, llamadas opio». Y estas palabras de un antiguo navegante francés que antes me hicieran sonreír, acudieron de pronto á mi memoria. *Des femmes songeuses... Si, eso era... Des femmes songeuses nourries de pavots noirs... Eso era, sin duda...*

ENRIQUE GOMEZ CARLILLO.

PAGINAS TEATRALES

APUNTES Y RECUERDOS

A Carlos G. Amézaga

CUANDO, ahora cerca de un cuarto de siglo, vivíamos en Lima á puerta cerrada, para evitar todo contacto con el invasor, diónos el naípe por escribir un juguete cómico, que, según nuestro propósito, no debía ser representado, si acaso, sino en algún teatro casero y ante auditorio de familia y amigos; para nuestro uso particular, como quien dice.

Con efecto, celebrando el santo de la madre de unas amiga, ensayóse y representóse el juguete, como era nuestro deseo, en un teatrillo improvisado en la calle de los Naranjos.

Pasaron los años *negros*, y nuestro malogrado amigo Alberto Pérez, nos pidió un día la obrita para leerla en su casa. Era el mes de julio de 1884.

Actuaba por entonces, en el Politeama, una compañía dramática,—la primera que trabajó en Lima después de la guerra,—dirigida por el actor peruano Ramón Arámbulo, á cuyas funciones solíamos asistir los aficionados al verso, yá, en esa época, escasos en la capital.

Una noche que no había función en el lejano coliseo de Nicoletti, se presentó Pérez en casa, invitándonos para asistir al ensayo de una obra nacional. Esta circunstancia nos decidió, y en un coche nos trasladamos al Sauce.

El teatro estaba oscuro y silencioso. Nuestros pasos por los pasillos que van al escenario, retumbaban como si atravesáramos un largo claustro. Allí, cerca de la concha, dos velas procuraban alumbrar el inmenso recinto del arte, y las personas que pasaban delante de ellas, manchaban el edificio, hasta el techo, con una sombra gigantesca.

Toda la compañía estaba reunida en el proscenio, y á poco de nuestra llegada, empezó el ensayo....de nuestra obra.

Nos quedamos casi estupefactos, no teníamos ni la menor noticia al respecto, porque la obra estaba anunciada con título distinto del que le habíamos puesto.

Pérez se había entendido á la chita callando con los cómicos. La broma nos pareció pesada; mas, puestos en el burro.....

Al día siguiente, 10 de agosto, fué el estreno.

Qué día pasamos! Los nervios no nos dejaron un minuto tranquilos, y los cigarrillos, que en estos casos pa-

gan el pato, apenas encendidos volaban por el aire, como si fueran colillas despreciables, para ser reemplazados en el acto.

Las prevenciones! Qué cosa tan horrible es oír las, entre bastidores, cuando uno es autor de la pieza que los cómicos van «á tener el honor de representar» Cada una es como un martillazo en el cráneo, ó como el anuncio de algo desconocido, pero terrible.

Y se levantó el telón, y la obra resultó.

Y resultó que los artistas le cortaron cuanto quisieron; que el éxito se lo debíamos á ellos exclusivamente, según nos lo dijeron...éllos mismos; que casi nos sentimos autor dramático desde esa noche, razón por la cual, después hemos reincidido; y, que, por último, según nos dijo la dama joven, deberíamos llamarnos Gonzalo, porque élla había conocido mucho á uno de ese nombre que era nuestro retrato.

De aquellos buenos cómicos, han muerto varios: Arámbulo, María Barrantes, que era la primera actriz, Mora, Baeza, todos peruanos; y andan sabe Dios por donde los demás. De García, un argentino que era el galán, tuvimos noticias, ahora cuatro ó cinco años, del interior del Ecuador; y está en Lima, retirada del teatro, la segunda dama, Clotilde Sánchez, entonces una morenita muy simpática.

Resultado práctico: dos representaciones en Lima, de nuestro: *¿Dos ó uno?*, que así lo bautizó Pérez; una en el Callao, y varias entre Huacho y otras provincias.

La prensa nos llamó «esperanza», como es de uso en estos casos; y, no cobramos ni un real por derechos de autor. Cuando abordamos este punto, nos dijeron que *aquí* tampoco cobraban ni Vital Aza, ni Echeagaray, ni nadie.

Naturalmente, nos quedamos tan contentos.

Claro, nos habían aplaudido, nos habían llamado «esperanza» y..Gonzalo...¡Qué más queríamos?

Ah! se nos olvidaba.

Un caballero de grandes mostachos y voz atiplada, nos dijo con tono de cariñoso asombro:

—¡Caramba, le felicito á usted; no le creía capaz de tanto!.....

M. CLOAMON.

Lima, 1906.





Srta. ALEJANDRINA SOLIS

Foto Courret



Sr. ANIBAL PUCCIO

Foto. Garreaud

Lima al vuelo

Como hay que escribir el artículo de ordenanza sobre el cementerio, hemos vuelto á pasear por las calles bordeadas de mármoles y cipreses, viendo alternar severidades lapídeas con cuadradas oquedades como células de avispero. Con calor intolerable íbamos apiñados los romeros en los solemnes wagones del «central». El gentío como de costumbre, enlutaba hasta los frenos. Al canto del Rímac en cuyo sediento lecho de piedras se repantigaba el sol, arrastrábase el tren, asustando á los rapaces que van á buscar camarones debajo de las piedras.

El humorismo de Larra no brota ya en las almas. El *humour* del crítico suicida va pasando de moda. Ya nadie filosofa. Acorazados hoy los espíritus con las doctrinas de Zaratustra, sacan del sitio de muerte lecciones de energía y bocanadas de Vida. Los nietszcheanos no lloran ya ante el sepulcro de los antepasados. Antes bien, retemplan esa virtud de raza que los helenos llamaron *Eugeneia*.

La muerte moderna no es el macabro esqueleto con guadaña y clepsidra parienta cristiana del pagano Saturno, como él devoradora de sus hijos. La muerte de hoy es harmónica, elegante y alada. ¡La Muerte! madre del Amor, fuente de emociones, hermana secreta de lo Bello, generadora del Miedo ese agente poderoso de la sensación moderna.

La muerte arrastra hoy en automóvil su vértigo por las carreteras, empuja los seres al fondo desconocido de los ríos, y los sepulta entre los escombros de los terremotos. Gustamos ya de entrever el lindero de lo Incognoscible, anhelamos sentir en la cara el soplo letal de eso que no han penetrado hasta hoy ni penetrarán nunca, talvez, ni los racionios, ni las experimentaciones, ni las nigromancias.

Y hasta estos días consagrados á la muerte son bellos. El sol aviva los espíritus y entre crespónes, resal-

ta mejor la blancura satinada de las mujeres que vienen á llorar al pie de las tumbas.



Por este mismo tiempo, cumplimos hace algunos años el piadoso y católico deber de enterrar á los muertos. Tratábase de un buen perrito muy querido de sus amos. Cómo enfermó de rabia? No podríamos decirlo. Ello es que un día se nos presentó el amigo, empeñado en que corriese con el entierro pues él no quería impresionarse. Metimos el cadáver en un cajoncito de Borgoña, trajimos el carro fúnebre consistente en una carreta y allí junto, á una pipa de aceite pusimos el ataúd. En seguida pedimos autorización al Jefe de una Estación de ferrocarril, para que, en los terrenos eriazos de su propiedad, nos concediese una parcela de terreno. Hecho esto nos embarcamos en un furgon con el pequeño fardo que olía ya como el baúl de Gabriela Bompard. Llegamos al sitio. Un hombre de la gleba nos seguía en silencio.

Como el cajón era pequeño la fosa tuvo que ser lo mismo. Cuando todo estuvo terminado enclavamos una astilla de madera en la tierra y ensartamos en la astilla una hoja de papel con el siguiente epitafio escrito al lápiz:

Pasajero febril, aquí me tienes,
lejos al fin, de la canina turba,
ya ni el ruido incesante de los trenes
mi sueño profundísimo perturba.

Y con esto terminó aquella singular agencia de pompas fúnebres que corrió á nuestro cargo, un día del mes de Noviembre. lleno de sol y de vida.

Don SILVERIO.

EN EL MUSEO

A Manuel Beingolea

Hace tres meses que el Museo de Historia Nacional se ha visto lleno de visitantes. Por él ha pasado un público vibrante de curiosidad y de entusiasmo, porque ha pasado fortaleciendo su amor á la patria con las lecciones objetivas de historia peruana que ha recibido allí, lecciones penetrantes y duras que hablan al espíritu y que retemblan el amor á la tierra en que se nace. amor que es parte de la personalidad y que sólo para algunos es inanalizable é intangible.

Hace tres meses que desfila por delante de las vitrinas, y desfilará por mucho tiempo sin que sus ojos se cansen de ver lo que encierran las salas del museo, porque allí encuentra algo que calma su apetito, que transporta su ánimo y que deja en su memoria-tierra avara y pródiga á la vez el limo viril de sensaciones fuertes y queridas.

Lo expuesto en primera línea pertenece á la época actual: armas y utensilios de cobre, redes de mallas resistentes, tamboriles y flautas, quenás de barro y silbatos de arcilla, collares de élitros de insectos, todo primitivo, de un arte infantil. Pero entre los colores chillones de las plumas y la belleza de diademas y brazaletes hechos de semillas blancas, entre los escudos, ruelas y vestidos, bastos y simples como los de una Arcadia americana, resaltan, inquisitoriales y fúnebres, los trofeos de los caciques muratos: cabezas humanas reducidas, cabezas deformes como de fetos macabros, cabezas de un horror insuperable. Usando procedimientos desconocidos disminuyen esos indios el volumen del cráneo y de la cara conservando ó alterando á su sabor la configuración del rostro. Todos atisban esas cabecitas brumas que lucen sus cabelleras lacias y sus facciones de exagerado prognatismo, todos miran, entre incrédulos y convencidos, esos testimonios de la ferocidad humana, elocuentes, irresistibles.

Junto á esas muestras del escaso progreso de las tribus salvajes hay un gran número de objetos de alfarería que son de épocas anteriores: cántaros votivos, vasijas cubiertas de raros dibujos ó de figuras geométricas; huacos antropomorfos con caras redondas ó con extraños adornos; ánforas que representan cuadrúpedos, aves, reptiles, peces, crustáceos, toda una fauna petrificada y policroma; vasos religiosos, sembrados de hieroglifos; figuras de guerreros y de sacerdotes; rostros de idiotas, de moribundos, rostros con alteraciones patológicas,

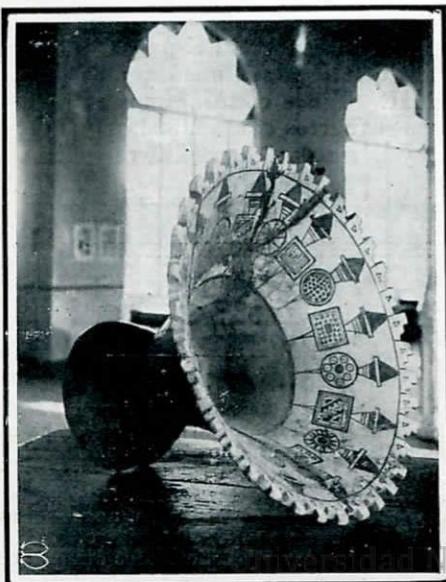
hinchados, torcidos; copas para recibir la sangre de las víctimas; y, por fin, una multitud de ceremonias raras, de operaciones dudosas, de concilios risibles, modelados y retocados yá con perfecciones admirables, yá con imperfecciones ridículas.

¿Qué simbolismos, qué escritura hay en esos objetos? El que los vea reconocerá en ellos caracteres de todas las civilizaciones remotas del viejo continente y hallará también lazos de unión con las del suelo de América: hay allí vasos chipriotas y ánforas etruscas, dibujos paleochinos y meandros griegos, mitras caldeas é ínfulas asirias, caracteres del Egipto arcáico y figuras como las que aparecen en los petroglifos del Canadá, en las telas mejicanas, en las ruinas de Palenque y en las antigüedades de la tierra del Fuego.

La vista vaga sobre la multitud de ídolos, fetiches monstruosos, lanzas, amuletos y joyas, restos de la cultura del Perú antiguo, de una civilización llena de arcanos para nosotros. Y como para acentuar la atmósfera de misterio que se siente, aparecen, sobre pedestales brunos, un mortero de granito «de procedencia desconocida», y un «objeto raro», al rededor de los cuales circula el gentío como una tarda mariposa que no sabe gustar la miel de esas floraciones rebosantes de la vida de otras épocas.

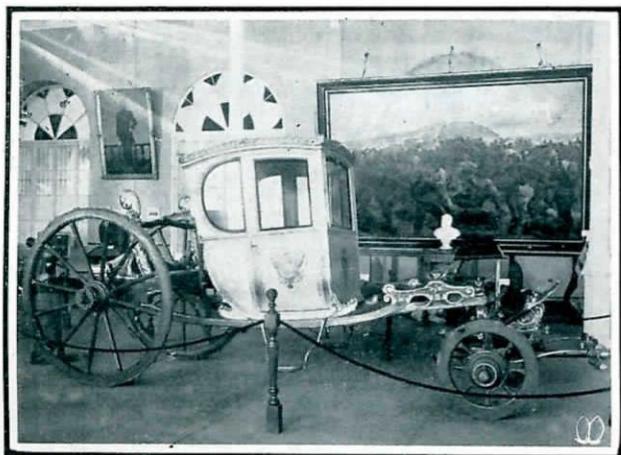
El tiempo como una sífilis lenta, ha puesto en todas las cosas antiguas deformaciones iguales: las dinastías de los Ramseses y de los Tolomeos las conocemos hoy por estatuas bestialmente mutiladas; la esfinge enseña su cara chata, con una llaga específica, y nuestros huacos humildes han sido también tocados por ese virus inexorable: desnarigados, mochos, carcomidos tienen algo del brillo de la moneda vieja, del metal mordido por un ácido débil, del hombre atacado por el *microbio pálido*.

En la última línea de esta parte del museo, en una frágil prisión-una caja de cristal y madera-hay cuatro ó cinco momias cuya promiscuidad sembría y cuyas dolorosas actitudes hacen correr un ligero escalofrío y soltar rápidamente las cortinillas que cubren los cristales de la caja.



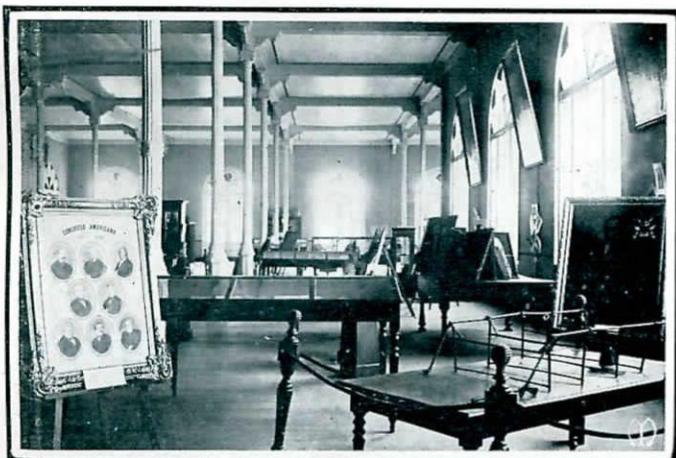
A la izquierda de la sala está la sección de la colonia de la república; allí, «sobre todas las cosas», impera la vieja calesa de los condes de Torre Velarde, cuyas ruelas

das de más de metro y medio de alto muestran sus llantas formidables, toscamente clavadas y cubiertas de herrumbre. La caja con amplias vidrieras exhala un olor á humedad, olor intenso que habla de la vejez del coche, que se exhibe pintarrajeado como un salvaje, enorme y complicado como un falansterio.



Ni la calesa, ni las sayas y mantos de las limeñas del siglo XVIII, ni los ricos ornamentos sacerdotales, encerrados cuidadosamente en una gran vidriera, pueden esquivar el lustror de las cosas viejas, el arte desmañado de los antiguos, la solemnidad y el perfume con que nos recuerdan los tiempos idos, los hermosos tiempos medioevales que saben enseñorearse gratamente en el espíritu merced al sabor que les prestan la leyenda y la fantasía, agradables y falsos excipientes.

En otras cajas hay objetos religiosos y artísticos, cofres, armas, camafeos, abanicos, etc., que nos dan una idea de la vida de nuestros abuelos, vida llena de señoriales atavíos y de singular colorido. En torno del visitante surgen las imágenes evocadoras de esa vida: placas heráldicas, pletóricas del orgullo de las estirpes blasonadas; lápidas conmemorativas, de inscripciones borrosas; armas de los conquistadores castellanos, toscas y llenas de grandeza; caricaturas, monedas, condecoraciones; mobiliarios como los de la Inquisición, faustos y pesados. Y no solamente hay remembranzas de



esos pasados días: la espada de Bolognesi sobre la última bandera española que flameó en el Callao; el pabellón peruano, ensangrentado, que sirvió de sudario al heroico teniente Velarde, la escala del «Huáscar», los restos de la «Independencia» y de la «Unión», brillantes y mustios, gritan y balbucen nuestras cercanas alegrías, nuestros dolores apenas extinguidos.

Al final, el féretro de La Mar, de rica madera como

envío de un país de bosques seculares, ostenta sus aldrabas metálicas, silenciosas, como losas sepulcrales.

El día cae. El anaranjado claror del sol muriente delinea los objetos con tintas de oro pálido. Hemos visto el museo con una ojeada intensa, de pies á cabeza, y nos ha complacido grandemente.

La cruz de los ajusticiados, cruz de hierro, fuerte y grosera, cruz de dolor y de justicia, abre sus brazos inmensos y fija nuestra vista al destacarse, negra y doliente, cual una evocación de pasadas torturas, sobre la rojez del crepúsculo. El día cae y una como sombría dulcedumbre nos sacude.

Salimos del museo. Y al recordar sus detalles vemos fijas en nosotros, las pupilas espantables de la estatua de la Muerte. Obra de Baltazar Gavilán, esa estatua tiene su historia de lúgubres tonalidades. Quizá su ejecución artística adolezca de algunos defectos, pero la idea de representar á la Muerte como un arquero en actitud de disparar una flecha es idea feliz. El efecto es prodigioso: la cabeza con una calva hipocrática estupenda, el armazón huesoso del tórax sensible bajo la piel, los músculos de una extrema flacura y la facha siniestra de un felino marástico y hambriento que acecha su presa, atemorizan y sugestionan extrañamente: el que ve esa escultura no separa la vista de los ojos de esa Parca odiosa, de ojos de caníbal y contempla por largo rato su cuerpo magro donde faltan músculos y donde se ven «puntear los apófisis».



Salimos del museo. En el parque el soplo animado de la multitud que se pasea nos hace olvidar al escultor del siglo XVIII. Y nos confundimos entre la turba elegante de jóvenes fuertes como lanzas hispánicas, de limeñas delicadas y hermosas como filigranas coloniales.

P. PATRON y TERRY.

Bibliografía

Hemos recibido un ejemplar del drama *Maximiliano*, cuyo autor es el señor Secundino Darquea, quien ha merecido por dicha obra los elogios de muchos críticos.

Este drama histórico, está inspirado en la campaña de Juárez contra Maximiliano de Ausburgo, Emperador de México, y reproduce con bastante fidelidad, los acontecimientos que precedieron á su desastroso fin en Querétaro.

Agradecemos el envío y felicitamos cumplidamente al señor Darquea.

† Dr. D. Gesáreo Chacaltana

PRESIDENTE DE LA H. CAMARA DE DIPUTADOS

✱ EL 14 DE NOVIEMBRE DE 1906

La alta figuración política del doctor Chacaltana, no es su primer título de consideración ante los hombres independientes.

Desempeñó grandes puestos, verdad; pero, á esos grandes puestos llegaron también otros personajes que no tuvieran su rectitud ni su inteligencia.

Antiguo profesor de la Universidad de San Marcos, maestro que ejerció sobre sus discípulos la doble influencia de la bondad y el saber, no desaparece el Dr. Chacaltana sin dejar un hondo vacío entre esos discípulos.

Sus obras de derecho, su actuación patriótica en la Argentina y otros países donde mantuvo con inflamado verbo los intereses diplomáticos del Perú, no pueden olvidarse en estos momentos.

Fué un hombre de bien, fué un intelectual de primera línea en nuestro país, un político sin odios ni mezquindades de bandería....

¿Qué más necesita el Dr. Chacaltana para dejar un recuerdo hermoso á su patria y á su familia?



RASGOS Y RASGUÑOS

La crisis monetaria en estos últimos días ha tenido la ventaja de despabilar á muchos hombres, improvisándolos financieristas.

Desde el gerente de banco hasta el pobre suerterillo, ¿quién no se ha puesto amarillo por culpa del metal blanco?

Ignominiosa ha sido la caída del oro en nuestro comercio. A la rubia esterlina, á la aristocrática belleza que antes solo se pavoneaba en las casas ricas, hásele despedido aun de los tugurios, como á mujer pestosa ó borracha, sin que faltasen algunos expendedores de comestibles que la arrojaran de sus dominios poco menos que á puntapiés.

¡Oh! accidentes del cambio! ¡oh sorpresas amargas del infortunio!

La rubia esterlina, entre indignada y llorosa, ha jurado vengarse de estos desprecios, y mucho me temo que empiece pronto á sacarnos la lengua desde su solariega casa de Londres.

Preferir la plata, la desopinada mozcorra que solo tiene adoradores en los mercados del Asia, porque ha ganado en su cotización unos cuantos puntos!

Así es la tasa de muchos méritos sociales políticos y económicos. Suba Ud. unos cuantos puntos de bienestar monetario, y riase de la virtud, de la inteligencia, del oro no variable de mejor ley!

Los apuros en que ha vivido la gente pobre, han sido apuros muy grandes. Los que pasan por ricos, no sintieron la crisis girando contra los bancos pequeñas sumas de plata, y los obreros chillando por el jornal en menudo, consiguieron de sus patrones lo que querían;

pero, esa clase infinita proletaria de Lima que no tiene banco de descuento, ni banco de carpintería, ni siquiera banco de plazuela adonde acostarse; esa clase que se llama decente y que pasa las de Caín en horas normales ¿qué no habrá padecido en esta anomalía del cambio; con una sola libra repudiada por el pulpero, por el panadero, por el fondista?

El espíritu financiero desarrollado por la necesidad entre el pueblo, ha dado margen á combinaciones ingeniosísimas. Casa de vecindad hemos tenido en la que se hizo empréstitos con un Rodschild de pulpería sobre recibos, prendas de ropa, obligaciones escritas á plazo corto, fianzas de vecinos acomodados y hasta de clérigos bondadosos,—que los hay, aunque Cristian Dam, diga lo contrario.

Entre acreedores y deudores hemos asistido á diálogos como para inspirar á fecundos autores de teatro chico.

—Hombre, aproveche U. la ocasión de pagarme, *en oro*.

—Pero si yo no quiero perjudicarlo....!

—A todo me resigno con tal de matar esa cuentecilla.

—La generosidad de U., es inadmisibile. Una persona honrada no debe aprovechar de esta crisis para defraudar á quien le ha prestado dinero. ¿Qué vale el oro? Ya ve U., que lo desprecian hasta los chinos....

—Pero, lo reciben los bancos....

—Deje U., que se arruinen.

—Entonces págueme en plata.

—Eso ya es exigirme un gran sacrificio. ¿Se ha vuelto U., usurero?

—U., sí que se ha vuelto un tramposo.

—Miserable, incapaz de comprender la grandeza de

FIRUZ CHAH.

NOTAS HIPICAS

Estadística general de la temporada de carreras de 1906

Carreras y sumas ganadas por los propietarios

Stud Iquique.....	34	carreras	Lp. 1020	y una copa.
Stud Peruano.....	18	»	»	575
Stud Eclipse.....	11	»	»	1021
Stud Cayaltí.....	10	»	»	430
Stud Alianza.....	8	»	»	590
Petite Ecurie.....	3	»	»	55
Escuela Militar...	2	»	»	30
Stud Iris.....	2	»	»	20
Stud Never Mind..	1	»	»	41
Escuadrón Escolta.	1	»	»	15
Rgnto. Gendarmes	1	»	»	10

Carreras y sumas ganadas por los caballos

«Amor».....	8	carreras	Lp. 462
«Vent'Arriere»....	8	»	» 360 y una copa.
«Rainfall».....	8	»	» 230
«Yankee».....	6	»	» 200
«Ventarrón».....	5	»	» 674
«Pegaso».....	5	»	» 180
«Lily».....	4	»	» 145
«Cayaltí».....	4	»	» 120
«Manón».....	4	»	» 130
«Lirio».....	3	»	» 105
«Oro II».....	3	»	» 95
«Fils de l'air»....	3	»	» 85
«Hazaña».....	3	»	» 55
«Troya II».....	2	»	» 75
«Visión».....	2	»	» 65
«Fossette».....	2	»	» 70
«Mago».....	2	»	» 45
«Certero».....	2	»	» 25
«Caracolillo».....	2	»	» 20
«Rienzi».....	1	»	» 300
«Plaisanterie»....	1	»	» 115
«Goldstream».....	1	»	» 65
«Bohemia».....	1	»	» 80
«Quidora».....	1	»	» 40
«Dandy».....	1	»	» 35
«Mizpah».....	1	»	» 20
«Altivo».....	1	»	» 10
«Dard».....	1	»	» 0

Jockeys ganadores

Benites.....	53	carreras corridas	30	ganadas	7	placées
Stewart.....	54	»	»	15	»	4
Michaels.....	32	»	»	15	»	2
Villalobos.....	26	»	»	7	»	3
Mc. Gavin.....	21	»	»	7	»	»
Cancino.....	10	»	»	2	»	»
Díaz.....	6	»	»	1	»	»

Preparadores ganadores

Benites.....	27	carreras	10	placées
Silvers.....	16	»	3	»
Ramsing.....	11	»	1	»
Sr. Godoy.....	9	»	3	»
Villalobos.....	6	»	3	»
Sr. Michelena.....	3	»	»	»
Jaime.....	3	»	»	»
Casella.....	2	»	»	»
Pérez.....	2	»	»	»
Saravia.....	2	»	»	»

Ginetes caballeros

Teniente Solis.....	3	corridas	2	ganadas
Teniente Puch.....	3	»	2	»

Ganadores de clásicos

- «Apertura»—ganado por «Manón»—1.000 metros—55 kilos en 1.2 $\frac{3}{4}$ (Michaels).
 «Mayo»—ganado por «Lily»—800 metros—50 kilos en 50 $\frac{3}{4}$ (Stewart).
 «Comercio»—ganado por «Amor»—1.800 metros—57 $\frac{1}{2}$ kilos en 1.58 $\frac{3}{4}$ (Benites).
 «Ministerio de la Guerra»—ganado por «Fossette»—1.000 metros—52 kilos en 1.2 $\frac{3}{4}$ (Michaels).
 «El Derby»—ganado por «Rienzi»—1.200 metros—52 $\frac{1}{2}$ kilos en 1.17 (Benites).
 «Municipal»—ganado por «Ventarrón»—1.600 metros—56 kilos en 1.41 $\frac{3}{4}$ (Michaels).
 «Internacional»—ganado por «Ventarrón»—2.000 metros—62 kilos en 2.11 $\frac{3}{4}$ (Michaels).
 «Gran Premio Jockey Club Buenos Aires»—ganado por «Ventarrón»—1.600 metros—62 kilos en 1.45 (Michaels).
 «La Copa»—ganado por «Vent'arriere»—1.600 metros—60 kilos (Benites).

Records del año

- 1.100 metros «Yankee» en 1.08 $\frac{1}{2}$ con 50 kilos (Stewart).
 1.300 metros «Visión» en 1.21 $\frac{1}{2}$ con 54 kilos (Stewart).
 1.400 metros «Troya II» en 1.28 $\frac{3}{4}$ con 53 kilos (Villalobos).
 1.600 metros «Ventarrón» en 1.41 $\frac{3}{4}$ con 56 kilos (Michaels).

Distancias ganadas por los caballos

«Amor».....	1.600—1.800—2.000
«Vent'arriere».....	1.300—1.400—2.000—1.600
«Rainfall».....	1.200—1.100—1.000
«Yankee».....	800—1.000—1.100—1.400
«Ventarrón».....	1.400—1.600—2.000
«Pegaso».....	1.200—1.300—1.400—1.700—2.000
«Lily».....	800
«Cayaltí».....	900—800
«Manón».....	1.000—1.400
«Lirio».....	1.400—1.800
«Oro II».....	1.200—1.600
«Fils de l'air».....	800
«Troya II».....	1.300—1.400
«Visión».....	1.300—1.400
«Fossette».....	1.000
«Hazaña».....	800—1.000
«Mago».....	1.000—1.200
«Certero».....	800—1.600
«Rienzi».....	1.200
«Plaisanterie».....	900
«Goldstream».....	800
«Bohemia».....	800
«Quidora».....	1.700
«Dandy».....	800
«Caracolillo».....	800—600
«Mizpah».....	1.600
«Altivo».....	800
«Dard».....	800

Principales padrillos ganadores

- «Cambronne»—«Wanderer»—«Pisco»—«Gleinheim»
 —«Neapolis»—«Orbit»—«Golden Garter»—«El Gaucho»
 —«Stiletto»—«Doncaster III»—«Spring Tide»—«Inca»
 —«Camors»—«Oro»—«Amianto»—«Royal Rose»—«Pal-
 my».